

OCTUBRE DE 1906.

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA.

Á LYDIA.

Lydia: de tus encantos juveniles
Huyen los cautos: la ciprina diosa,
Maestra en amansar las voluntades,
En sus rodillas te alecciona astuta:
Miras y vences; hablas y fascinas;
Encubres tus intentos con cautela,
Y cuando al bosque, Lydia, te encaminas,
Eros, en torno de tus hombros, vuela.

Mas no permitan los prudentes dioses,
Guardianes de mi suerte, que deponga
Las armas en tu altar, porque tu ahinco
Es hacer tributario mi deseo,

Rendir mi voluntad, y ya logrado,
Huir mis brazos en ligero brinco,
Dejándome convulso y desarmado.

Lydia: porque ciñeran mi garganta
Tus brazos tan flexibles como llenos;
Y por sentir con labios y mejillas
El ondular de tus calientes senos;
Por estrecharte en la musgosa alfombra,
Diera todo mi ser; pero contigo
Marcha la astucia, como tetra sombra...
Lydia, divina Lydia, no te sigo.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA,
«Duque Job.»





“INFORMES Y MANIFIESTOS.”

Algunas de las opiniones más autorizadas sobre “Informes y Manifiestos de los Poderes Ejecutivo y Legislativo” (en el orden en que se han recibido).

“Correspondencia particular del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes.—México, 1.º de Junio de 1906.—Sr. Vicepresidente D. Ramón Corral, Secretario de Gobernación.—Presente.

“Mi querido amigo:

“Si no había contestado hasta hoy su carta del mes pasado, dando á Ud. las más cumplidas gracias por el envío de la obra titulada “Informes y Manifiestos de los poderes Ejecutivo y Legislativo, de 1821 á 1904,” era porque quería imponerme bien de ésta.

“La conceptúo de altísima importancia para cuantos quieran conocer un poco á fondo nuestra historia y el modo con que *hablaron* su papel los principales personajes de nuestro drama nacional, gran drama, por cierto, que crece en apasionante interés á medida que se le conoce mejor. Ciertamente, sólo contiene esta obra la

historia oficial, que no es la historia, puesto que la verdadera corre bajo ella como los ríos bajo la costra de hielo, en este caso formada (para apurar mi metáfora) por las frialdades de la retórica burocrática y por la frecuentemente apremiante necesidad de alterar la verdad ó de callarla en beneficio de los gobiernos. Pero así y todo, es un elemento inestimable para la crítica, y nadie podrá dispensarse de estudiarlo cuando quiera desentrañar el sentido real de los sucesos.

“Sobre todo, en lo que pudiera llamarse la historia psicológica en la sucesión de los estados de espíritu de una época y su alcance causal, los documentos oficiales, mensajes, informes, manifiestos, proclamas y otros análogos, cuando llevan el sello auténtico de una autoridad, constituyen datos de inestimable precio.

“Con sólo expresar, aunque someramente, estas opiniones, he hecho el

elogio de la excelente compilación bajo los auspicios de Ud. elaborada. Y tengo para mí que no habría Ud. podido encontrar un trabajador ni más concienzudo ni más preparado, ni más inteligente que aquel á quien encomendó Ud. tan útil tarea.

“Esperemos todos que dentro de algunos meses no habrá una sola biblioteca de hombre culto en el país, que no posea un ejemplar de un libro tan bien organizado é impreso.

“De Ud., como siempre, adicto y sincero amigo y S. S.—*J. Sierra.*”

* * *

“Biblioteca Nacional de México.—México, Junio 2 de 1906.—Sr. Don José Anacleto Castellón.—Presente.

“Mi muy estimado amigo:

“Dirijo á Ud., por medio de ésta, mis cordiales felicitaciones por el feliz éxito con que ha dado cima al importante trabajo que con tanto acierto le confió el Señor Vicepresidente de la República. Esa copiosísima compilación de “Informes y Manifiestos” revela desde luego una laboriosidad

extraordinaria, de que he sido testigo en gran parte, por el mucho tiempo que consagró Ud. á sus pacientes investigaciones en la Biblioteca Nacional. Pero si el resultado obtenido por su infatigable constancia en la busca de los materiales constitutivos de su grande obra, forma por sí solo una producción de indiscutible mérito, no es menos digno de admiración y aplauso el riguroso método que siguió Ud., logrando organizar los numerosos elementos de que disponía para producir un conjunto armónico que facilitase el camino á los que más tarde irán en pos de datos y aclaraciones históricas á consultar su inagotable tesoro de información con que ha enriquecido Ud. la literatura patria, y que bajo este aspecto ocupa lugar prominente sobre la mayor parte de las compilaciones del mismo género. De desear sería que, siguiendo el camino trazado por Ud., se emprendieran en los Estados trabajos de igual naturaleza: por lo cual se conseguiría el tener una base amplísima y completa sobre la cual se levantaría el grandioso edificio de la Historia Nacional.

“Su amigo y servidor afmo.—*J. M. Vigil.*”





VESPERTINA.

(DE "LIRA LIBRE.")

A Julio Luján.

En la cumbre el sol flamea
 en retirada triunfal,
 entre el frondaje otoñal
 una casa en Galilea.

En la silenciosa aldea
 un ruido desigual
 de algún trabajo habitual
 que por los aires ondea.

Un viejo el palo acepilla,
 un niño trabaja ufano;
 y á la moribunda luz,

el anciano se arrodilla
 y el niño tiene en la mano,
 regocijado, una cruz.

JESÚS E. VALENZUELA.



EL GIGANTE EGOISTA.

OSCAR WILDE.

Todas las tardes, al volver de la escuela, acostumbraban los niños ir á jugar al jardín del gigante.

Era un gran jardín solitario, cubierto de suave césped verde. Aquí y allá, entre el césped, bellas flores brillaban como estrellas, y había doce duraznos que, en la primavera, floreaban en delicadas inflorescencias blancas y rosadas, y en otoño cargaban hermosos frutos.

Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan deliciosamente, que los niños interrumpían el juego para escuchar.

—¡Cuán dichosos somos aquí!—se decían unos á otros.

Un día, regresó el gigante.

Habiase ido á visitar á su amigo el ogro de Cornualles y había pasado siete años con él. Al cabo de los siete años, habiendo dicho cuanto tuviera que decir, porque su conversación tenía un límite, resolvió volver á su castillo.

Al llegar, vió que los niños invadían el jardín.

—¿Qué hacéis aquí? gritó con voz avinagrada.

Y los niños huyeron.

—Mi jardín es sólo mío,—prosiguió el gigante. Todo el mundo debe comprenderlo y á nadie, sino á mí, permitiré la entrada.

Lo rodeó, pues, de un alto muro y colocó sobre de éste un aviso:

*Se prohíbe la entrada, bajo pena
de acusación.*

Era un gigante egoísta.

Los pobres niños no tenían ya lugar de recreo.

Trataron de jugar en el camino, pero el camino estaba lleno de polvo y de piedras duras y no fué de su agrado.

Acostumbraron entonces, cuando la lección concluía, pasear en torno del alto muro y hablar del hermoso jardín cerrado.

—¡Qué dichosos éramos!—se decían unos á otros.

Llegó en tanto la primavera y en toda la región hubo florecitas y pajarillos.

Sólo en el jardín del gigante egoísta, persistía el invierno.

Los pájaros no se cuidaban de cantar en él, desde que no había niños, y los árboles olvidaron florecer.

Una vez, una linda flor alzó la cabeza sobre el césped, mas al mirar el aviso, tanto se entristeció pensando en los chiquillos, que volvió á dejarse caer en tierra y se durmió.

Los únicos que se regocijaron fueron el hielo y la nieve.—La primavera ha olvidado este jardín,— se decían. Vamos, pues, á vivir en él por todo un año.

Invitaron al viento del Norte á pasar una temporada. Aceptó y vino. Llegó cubierto de pieles. Rugía el día entero en el jardín y derribaba las chimeneas. —Es un lugar delicioso,— exclamaban. Pediremos al granizo que nos haga una visita.

Y llegó también el granizo.

Todos los días, tres horas seguidas, tamborileaba en el techo del castillo hasta romper muchos piranos, y entonces hacía la ronda del jardín tan presto como podía. Estaba vestido de gris y su aliento era de hielo.

—No comprendo por qué tardará tanto la primavera! —decía el gigante egoísta cuando desde la ventana miraba su jardín, blanco y glacial. Quisiera que cambiara el tiempo.

Pero la primavera no venía ni el estío tampoco.

A todos los jardines llevó el otoño frutos de oro, mas no tenía ninguno para el jardín del gigante.

—Es demasiado egoísta, dijo.

Y había siempre invierno en la casa del gigante, y el viento del Norte y la nieve y el hielo y el granizo danzaban entre los árboles.

Una mañana, el gigante, ya despierto, permanecía en el lecho, cuando oyó una música deliciosa. Tan dulce sonó á sus oídos, que supuso pasaban por allí los músicos del rey.

En realidad, era un chorlito que cantaba á su ventana, pero desde tanto tiempo atrás no oía el canto de un pájaro en su jardín, que le pareció la más bella música del mundo.

Entonces el granizo dejó de danzar sobre la cabeza del gigante y el viento del Norte también dejó de rugir. Un delicioso perfume llegó hasta él á través de la vidriera entornada.

—Creo que al fin llegó la primavera,—se dijo.

Y el gigante saltó del lecho y miró. Miró un extraño espectáculo. Por una brecha del muro habíanse colado los niños al jardín y se habían trepado á las ramas de los árboles. En todos los árboles que podía ver, había un chiquillo, y tan felices eran los árboles con soportar nuevamente á los niños, que estaban cubiertos de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles.

Los pájaros volaban de una rama á otra y charloteaban con embeleso, y las flores sacaban la cabeza de las hierbas y reían.

En un solo rincón duraba aún el invierno, en el más lejano del jardín.

Allí estaba un pequeñito. Tan pequeño, que no pudo alcanzar las ramas del árbol y daba vueltas alrededor, llorando amargamente.

El pobre árbol estaba todo cubierto de nieve, y el hielo se tendía á sus pies y el viento del norte lo azotaba.

Sube, decía el árbol. Y le tendía las ramas tan abajo cuanto podía; mas el chiquillo era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se oprimió cuando lo hubo visto.

¡Cuán egoísta he sido! pensó. Ahora sé ya por qué no ha querido venir la primavera. Subiré á aquel niño á la cima del árbol, derribaré el muro y mi jardín siempre servirá de recreo para los niños.

Y se arrepentía verdaderamente de lo que había hecho.

Entonces bajó las escaleras, abrió suavemente la puerta de entrada y se dirigió al jardín.

Pero apenas lo vieron los chicuelos, se aterrorizaron tanto, que emprendieron la fuga y el jardín volvió á ser invernal.

Sólo el más pequeño no había huido, porque llenos de lágrimas estaban sus ojos y no pudo ver que el gigante se acercaba.

Y el gigante se deslizó tras de él, lo tomó delicadamente en brazos y lo subió al árbol.

Y el árbol floreció al punto; los pájaros vinieron á posarse en él y cantaron, y el niño echó los brazos al cuello del gigante y lo besó.

Y los otros niños, así que vieron que el gigante no era ya malévolos, acudieron y con ellos acudió la primavera.

—Vuestro es el jardín desde ahora, pequeños, —dijo el gigante.

Y con una enorme hacha derribó el muro.

Y cuando las gentes se dirigían al mercado, al mediodía, encontraron al gigante que jugaba con los niños en el más bello jardín que se haya visto.

Todo el día estuvieron jugando y al anoche fueron á despedirse del gigante.

¿A dónde está vuestro compañero?—les dijo,— el que yo he trepado al árbol?

Era él á quien más amaba el gigante por que lo había besado.

No sabemos, respondieron los niños, se ha marchado.

Decidle que no deje de venir mañana, recomendó el gigante.

Pero los niños replicaron que no sabían dónde habitaba y nunca antes lo habían visto.

Y el gigante se entristeció del todo.

En las tardes, á la salida de la escuela, los niños venían á jugar con el gigante, mas no volvió á verse á aquel pequeño á quien el gigante amaba. Y era benévolo y los quería á todos, pero echaba de menos á su primer amigo y con frecuencia hablaba de él.

—¡Cómo desearía verlo!—decía á menudo.

Pasaron los años y el gigante envejeció debilitándose. No podía tomar parte en los juegos, permanecía sentado en un gran sillón y miraba á los niños y admiraba su jardín.

—Tengo flores muy bellas, —se decía; pero los niños son las más bellas de las flores.

Una mañana de invierno, á tiempo que se vestía miró por la ventana. No detestaba ya el invierno, sabía que no es sino el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De súbito se frotó los ojos sorprendido y miró con atención.

Cierto, era una visión maravillosa.

Al extremo del jardín, había un árbol casi cubierto de lindas flores blancas. Sus ramas eran todas de oro; los frutos de plata y bajo el árbol estaba el pequeñín que amaba.

El gigante bajó de un salto la escalera, trasportado de gozo, y penetró al jardín.

A toda prisa atravesó los prados y se llegó hasta el niño. Y cuando estuvo junto á él, se enrojeció de ira su rostro y le dijo: —¿Quién te ha herido?

En las palmas del niño había la huella de dos clavos y asimismo las había en los pies.

—¿Quién ha osado herirte? —gritó el gigante, dímelo, —que traeré una gran espada y lo mataré.

—No, dijo el niño, —son heridas de amor.

—¿Qué es? dijo el gigante.

É invadido de un respetuoso temor, se arrodilló ante el niño.

Y el niño le sonrió y dijo:

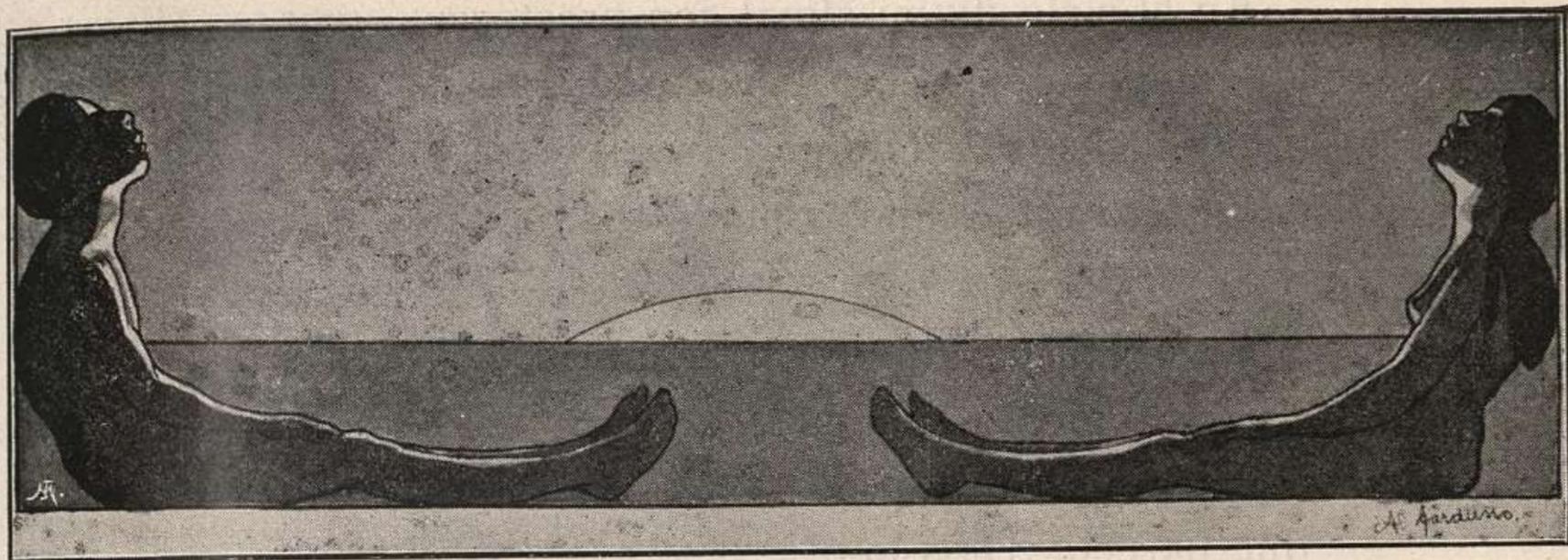
—Me habéis dejado jugar una vez en vuestro jardín. Hoy vendréis conmigo á mi jardín que está en el paraíso.

Y cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron al gigante muerto bajo el árbol y cubierto todo de *blancas flores*.

R. G. ROBELO.



«Misterio,» de Jorge Enciso.



LUZ Y SOMBRA.

I

La virgen vino á mí—¡la Poesía!—
 llena de luz, de ensueños, de armonía.
 Contemplando sus gracias ideales,
 ver cruzar de mi cuarto los umbrales
 á una puesta de sol me parecía.

Así la virgen era:
 como tarde silente y misteriosa
 esfumada en la sombra vespertina;
 una tarde
 que parece, entre flores,
 cansada mariposa
 buscando un tallo, en su embriaguez de olores;
 que, al sentir que la noche se avecina,
 recogiendo sus alas de fulgores,
 en su lecho de nácar se reclina.

*
 * *

Yo estoy solo, aterido de silencio
 Mueve el aire las lentas colgaduras
 Y, ojeando en mi espíritu, presencio
 cuál desfilan mis propias amarguras!

En el cielo de mi alma, con presteza,
los relámpagos fulgen pavorosos;
y hay ideas cruzando en mi cabeza
en un vuelo de pájaros medrosos.

En el abismo de mi ser, sombrío,
un triste viento zumba:
un viento triste y frío
que parece, ¡Dios mío!
una siniestra espiración de tumba.
Y ese viento me dice
que solloza en lejano cementerio
un pedazo de mí; que en el misterio
de las fosas oscuras
está aquel hijo, de mi hogar proscrito;
que se hielan también las sepulturas,
y que está tiritando el muertecito.

En el abismo de mi ser, el viento
va errabundo y glacial, como un lamento.

Calofrían los gélidos turbiones;
la nube del dolor, volando, sube;
y se ven apagar las ilusiones,
como un toldo de estrellas, en la nube.

Y allí, fosco, mi espíritu,
con labio huraño que á su Dios no reza,
clavando el ojo en la extensión ceñuda,
ve pasar la tormenta de la duda
envuelta en una nube de tristeza. . . .

Entonces fué cuando la virgen vino.
La sonrisa, en su labio purpurino,
grato misterio con la lumbre aduna;
y fulge silenciosa,

como un rayo apacible de la luna
que se hubiera adormido en una rosa.

En mí clavó sus ojos, que, del duelo,
rasgaron el crespón; y vió mi anhelo
como un deshojamiento de querubes....
La virgen, como un sol, trajo el deshielo;
y su dulce mirar, para mi cielo,
fué un plumero de luz barriendo nubes.

Hablóme. Y su voz era
el eco de una linfa que, parlera,
va enflorando de aljófares la roca.
Hablóme, y sus acentos
hiciéronme escuchar, arrulladores,
entre el rosal florido de su boca,
como una orquestación de ruiseñores.

Y me miró la virgen,
y me tornó la calma.
Y fué, en dulce volar de alas radiosas,
con sus pupilas, deshojando rosas,
y envolviéndome en pétalos el alma.

Y me arrulló la virgen
hablándome: «¿Te acuerdas?....»
Y era del cielo la memoria santa.
Y, al par que hablaba con su voz que canta,
se adormía mi espíritu en las cuerdas
del oculto laúd de su garganta.

Y las penas en mi alma rebotaron;
y las uñas curvadas no llegaron;
ni me hirieron los dardos viperinos,
ni la negra traición de los puñales.
Porque, al hablar la virgen, fué lo mismo
que si, en horas de gozos florestales,

y, en bandadas de artífices divinos,
le forjaran á mi alma los turpiales
una cota de malla con sus trinos.

*
* *

Y se me fué la virgen Poesía!
Pero, en mi pecho—como el sol, risueño
rayo de lumbre, al declinar el día,—
me dejó un rui señor, que es la Harmonía;
me dejó un lirio azul, que es el Ensueño.

II

Y vino la Verdad. Y era una anciana
inexorable y fría.

Se pintaba en su faz nublo de enojos;
y allá en el fondo de sus claros ojos
un abismo dormía.

Va con el dedo señalando abrojos
en torno de los pródidos rosales;
y un tallo seco entre sus labios dice
en qué quedan las rosas virginales.

Lleva el dolor donde su planta pisa.
Si se pone á medir, empequeñece;
si el huerto va á sembrar, lo esteriliza;
y si alumbra el camino, lo oscurece.

*
* *

Y se sentó á mi vera.
Y destiló sus frases en mi oído,
como gotas de acíbar, la hechicera.

«Calma —dijo— ese cándido arrebató!
No te engrías, muchacho, con la aurora!
Esa aurora es la noche de hace un rato;
y será, un rato más, noche la aurora.»

«Nada perdura en el eterno viaje.
La misma nubazón mata ó alienta:
es vestida de lumbres, el celaje;
y es, vestida de sombras, la tormenta!»

«Mañana será polvo
lo que es hoy mariposa,
lo que era antes oruga:
ese pétalo alado
que, volando, entre pétalos retoza.»

«Tu pena no es eterna: el llanto enjuga!
Tu hechizo va á apagarse muy temprano.
Esa piel tiene un término: la arruga;
y ese labio un epílogo: el gusano!»

*
**

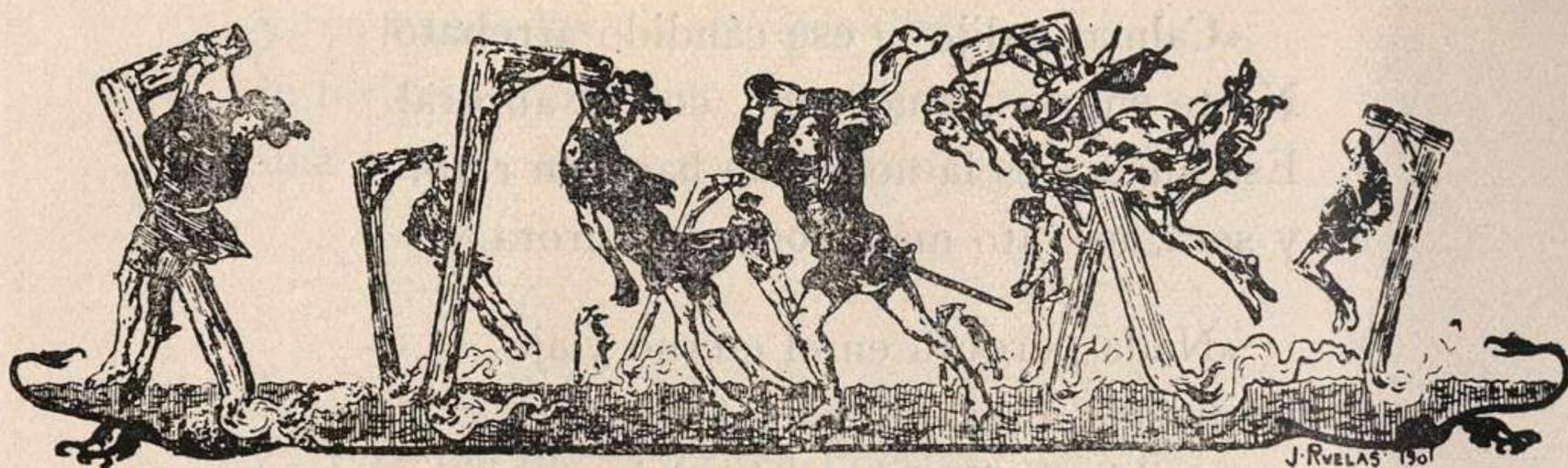
Y se fué la hechicera.
Y se borró el celaje,
y se hundió entre sus mitos la Quimera.

Y supe muchas cosas:
que el ala de las lindas mariposas
es polvo nada más; que el dulce labio,
nido del beso, es fango; que las rosas
no pueden perdurar! Me sentí sabio!

Pero, antes de dejarme, la sombría,
cual triste fin de su letal empeño,
me mató el ruiseñor, que es la Harmonía;
me tronchó el lirio azul, que es el Ensueño!

SANTIAGO ARGÜELLO.

(León, Nicaragua. 1906).



INÚTIL.

Mientras sus amos y todos los demás servidores salían por la vetusta portalada tupida de hiedra, que ya encubría el blasón de los Valdelor, Carmelo, el mayordomo viejo, experimentaba el mismo recelo de costumbre, siempre que le dejaban así, guardando el Pazo solo, como se deja en un corral á un mastin caduco y desdentado. «¿Y si vienen?» pensaba, rumiando los noticierismos de tertulia aldeana en la cocina y en las deshojas de maíz.

La culpa de semejante caso tenía el capellán, su ocurrencia de largarse á Compostela á consultar con el sapientísimo médico Varela de Montes. . . . Señores y criados se veían compelidos á oír la misa parroquial de Proenza, á dos leguas y media de Valdelor; toda una caminata por despeñaderos,—para que, al fin, el abad, reñido de antiguo con don Ciprián de Valdelor, por no sé qué cuestiones de límites de una heredad de patatas, alargase á propósito lá misa á fuerza de pláticas y responsos, con el fin de retrazarle al gor-

do hidalgo la hora de sentarse ante el monumental cocido de mediodía. ¡Que se fastidiasse! Y, adrede, el abad se eternizaba en los latines, recalcando de un modo pedantesco por lo despacioso, los sacros textos. No es de extrañar que D. Cipriano saliese hacia Proenza, de humor perruno, al paso que su hija Ermitas iba jubilosa, á lomos de su mollina gris enjamelgada de terciopelo granate y con frontalera de lucios cascabeles. Ermitas se reía en las narices de Carmelo, al mirarle tan cariacontecido.

—¿Qué es eso? Hay miedo, eh, viejiño? ¿Y á qué tenemos miedo? ¿Al cocón? ¿Qué va á pasar á las diez de la mañana, con este sol de gloria? Por qué no vienes también á Proenza?

Carmelo señalaba á sus piernas flojas, temblonas, de achacoso, y murmuraba:

—No hay ánimos. . . . Está uno derreado. . . . Y tampoco se podrá dejar la casa sin compañía ninguna.

—Si estás derreado, no servirás para

guardarla —respondía la mayorazga alegremente.— Bueno, no te apures, no anda gente mala en estas parroquias.

—Anda más arriba de Proenza, cara á Boasi —afirmaba temerosamente el anciano.— Dijéronme antiyer. . . .

—Cacareos de comadres —intervenía D. Cipriano.— ¡Y si andan, que vengan! Se les hará un bonito recibimiento. Tres criados, el capellán cuando volviese, y yo; total, cinco hombres; armas cargadas de sobra. . . . Llevarían qué rascar.

Sin falta, saltaba Ermitas Valdelor:

—¡Cinco hombres! ¿Y luego María Lorenza y yo, íbamos á quedarnos sentadas ó á fecharnos en el desván?

A lo cual, María Lorenza, mozallona fornida, que así barría y guisaba como en sillaba la yegua de su señor, exclamaba briosa:

—¡A fe, yo tumbo á uno! ¡Así Dios me salve, lo tumbo escarranchado!

Carmelo agachaba la cabeza. ¡Cinco hombres! A él no le contaban, y era natural. No es hombre un abuelo que ni tiene pulso para meter una llave por el agujero de una cerraja.

—¡Vayan muy dichosos!— mascullaba al alejarse la cabalgata y desaparecer en el recodo del sendero. Ya no se oían los cascabeles de la borrica, el golpeteo sonoro de las herraduras sobre el pedregal; y en el alma del viejo pesaba la impresión honda del amplia soledad del campo, sumido en la paz silenciosa, absoluta, del domingo. La naturaleza estaba vacía y solemnemente muda; ni un soplo de aire agitaba las hojas: el mismo regato, tan cantador y vivo, los pardillos y gorriones inquietos dijérase que callaban y se adormían inmóviles. Allá, á lo lejos, un girón de niebla, deshilachado suavemente por el sol, flotaba, engarzándose en los riscos de Penamoura. La mirada turbia de Carmelo se fijó en la enhiesta cumbre, y un recuerdo

pueril le trajo una asociación de ideas apropiada á su estado de ánimo. «Ahi, en Penamoura, cuentan que enterraron los moros un tesoro muy grandísimo,» había pensado el viejo; y este pensar le refrescó «el otro,» origen principal de sus terrores: «el secreto,» la arquilla repleta de ricas onzas portuguesas y castellanas que, ayudado por él, Carmelo, había ocultado el señor de Valdelor en el escondrijo que únicamente los dos conocían. . . . ¿Por qué misteriosos conductos se esparció la noticia del caso? D. Cipriano no lo dijo ni á su hija; y Carmelo. . . . ni se lo dijera al confesor, si fuese pecado mortal. Ello corrido andaba por el país, que en el Valdelor existían onzas, un montón de oro, encarfunado en un rincón que sólo el amo y el mayordomo sabían, los muy zorros, ladinos. . . . La propia furia de Carmelo cuando los aldeanos aludían al «secreto» de las onzas, era delatora, era imprudente. Y Carmelo creía que la oculta arquilla hablaba, gritaba, hacía señales, despertando codicias y atrayendo á los malhechores. Por eso no dormía; por eso le temblequeteaban las enclenques piernas, al quedarse abandonado en aquel paso de carcomidas puertas y tapia desportillada llena de boquetes. ¡Las onzas! Al olor de las onzas, «la gente mala» no podía menos de acudir. Y él, ¿como las defendía? Era capaz de defender algo?

Para distraer el temor, dirigióse á la cocina, á cuidar del puchero. Recibió el fuego del hogar con leña menuda, y destapó y espumó la olla, lentamente. El glu, glu del pote colgado le interesó, y lo revolvió con un cucharón largo, profundo. Sus pasos levantaban eco en la vasta cocina desierta. Hasta los canes á hora semejante, andarían correteando por los sembrados: su oficio era vigilar de noche. . . . De pronto se oyó un pitido de averío que se azora, y unos pollos se refugiaron en la cocina á

trancos grotescos. Carmelo, que dialogaba con los bichos, preguntó en alta voz, sin volverse: «¿Que tenedes malpocados?» Detrás de la cáfila de pollos venían cinco figurones, de cara cubierta por negros pañuelos, que el sombrero ancho sujetaba, y en que dos tijeretazos habían recortado el hueco de los ojos. La partida se echó sobre Carmelo y le sujetó; no le ataron; ¿para qué? Y el capitán se le acercó, hablándole con buen modo, en voz cambiada, de máscara aguardentosa.

—Señor Carmelo, no hay mientes de hacerle mal. Muéstrenos onde paran las onzas, y nos vamos por onde hemos venido.

El viejo respiraba congojosamente. Se oía el choque de sus dientes amarillos. Sus ojos espantados se desviaban de las horribles caras de sombra. Ni acertaba á contestar: no revolvía la lengua.

—Por señas, amigo—añadió el jefe.— Señale onde es, que allá vamos.

Débil, extinguido, salió por fin un acento de la apretada gorja.

—No... no hay... aquí... onzas... No hay.

—¿A ver si tenía yo razón, maldita mi suerte?—vociferó otro de los enmascarados.—Por bien no le sacaremos ni esto. A preguntar de otro modo: ¡ala!

—Cante la verdad, señor Carmelo—institió el jefe.—Esté asunto se ha de despabilar pronto; antes que vuelva de misa la demás familia. Sabemos que está escondido mucho dinero. ¿Onde? Apriesa.

Un hilito de voz cascada repitió.

—Aquí... no hay... nada... nada de onzas.

El jefe blasfemó:

—... ¡Dios!... Ya que se le antoja será... Alistarse, rapaces.

Arrastraron fácilmente al anciano hacia

el fuego que acababa de recebar, y que ardía restallando, enrojando la oscura panza del pote y las trébedes en que descansaban las ollas. Desviaron las más próximas, y arrodillando á Carmelo de un empujón, le apoyaron ambas manos en la brasa. Un alarido de salvaje dolor subió al cielo.

—A levantarlo—dispuso el jefe.—Ahora hablará.

Le enderezaron, le echaron agua por la faz cerea y contraída —estaba desvanecido,— y al verle entreabrir los párpados, porfiaron con duro tono. El viejo movía la cabeza diciendo que no.

—¡Vuelta al fuego!

Y despacio, con rabia fría, le extendieron las palmas sobre el brasero, avivado por llamitas cortas, en que se evaporaba la resina del pino. Crujían desnudándose de piel y tegumento, los secos huesos, al tostarse, y el cuerpo, inerte ya, no se revolvía. Sólo al principio, al sentir el ardor infernal del fuego, había sollozado la víctima.

—¡Compasión! ¡Por el alma de vuestras madres!

—Nos ha desgraciado el golpe,—refunfuñó el jefe.—Aunque lo desollemos, no chista.

—¡Si está medio muerto!

De un puntapié lo empujaron más adentro del hogar. La llama prendió en la ropa y en el pelo cano. No hizo un movimiento. Ardía mejor que la yesca y la madera apolillada.

Al volver de misa los señores de Valde-
lor, creyeron que era un accidente casual la caída del viejo en la lumbre, lo que les privaba de un criado bueno, realmente, pero inútil para el servicio.

EMILIA PARDO BAZÁN.



A CELIA GAMBOA RICALDE.

HOJA DE ALBUM.

Celeste flor angélica de cabellos castaños,
 flor de pétalos suaves en los labios bermejos,
 nacida en un alcázar de algibes y azulejos
 hace ya muchos siglos y hace apenas quince años!

Bajo crujientes sedas en góticos escaños,
 languideciste presa en torreones viejos,
 viendo pasar perdiéndose á distancia, muy lejos,
 el caballero Ensueño de los ojos huraños.

Mas hoy, libre y gozosa cual un abejaruco,
 vuelas de rama en rama del árbol de la vida,
 y en plenitud de gracia sueñas embebecida,

que una danza habanera, un minué ó un bambuco,
 mecen más dulcemente que las aguas á Ofelia,
 porque la vida es breve y hay que mecerla, Celia!

RUBÉN M. CAMPOS.



UN LIBRO DE CUENTOS DE VALLE-INCLÁN.

“JARDÍN NOVELESCO.”

«Jardín novelesco» es un libro de historias. «Historias de santos, de almas en pena, de duendes y de ladrones.» Así lo especifica Valle-Inclán al pie del título para que el lector imagine antes de aventurarse por ese novelesco jardín, que no entra en él á hora de plácido recreo, sino á la hora del murciélago, indecisa y medrosa, ó á la media noche, hora de lóbregas fantasías. Por ese jardín huye el mayorazgo D. Juan Manuel, el viejo libertino, y tras él va la sombra de Rosarito, traspasado el pecho con el alfilerón de oro de sus cabellos. Cerca está la capilla y en el presbiterio un sepulcro y en el sepulcro una calavera que salta sobre el lecho de piedra. Un sendero conduce al país de ensueño, y en la casa desamparada cuyas puertas bate el viento, hila una vieja el lino moreno de su campo, y un niño, último vástago de una raza, se muere lenta, lentamente, como las pobres estrellas que no pueden contemplar el amanecer. Hay también una cueva en el monte, con su bruja y sus doce ladrones, y un capitán que cabalga á la luz de la luna en busca de la mano de la prince-

sa Quimera. . . .—Valle-Inclán es el mago. En busca de esa princesa corren también sus lectores y él los deja volar sobre un maravilloso hipógrifo que, por extraordinario que parezca, ha nacido y ha estado mucho tiempo en las cuadras de un Pazo gallego.

En ese Pazo solariego, Valle-Inclán ha recogido otras historias menos fantásticas, y transcribiéndolas con amor, bien trabajadas, bien pulidas, ofrécelas definitivamente al público en su «Jardín novelesco.» Ciertas historias son trágicas: el molinero del monte Rouriz, con su escopeta de guerrillero, sacrifica á su mujer, por delatora; el cura de San Rosendo recibe en la rectoral á una mascarada de astrosos que por *rey de la máscara* le dejan el cadáver del abad de Bradomin, y como el cura de San Rosendo es un viejo astuto, enemigo de andar en cuentas con la justicia, el rey de la máscara arde en una buena hornada de tojo y paja.—Otras tienen con ingenua apariencia una amargura honda. «La misa de San Electus» dice las penas y la fe de «tres mozos que volvían cantando del

molino y á los tres habiales mordido el lobo rabioso que bajaba todas las noches al casal.» Tan ingenuo y tan sabio como ésta es el cuento de «Malpocado» y aquella deliciosa geórgica en que la vieja hilandera y el viejo tejedor lloran ante el primitivo telar que sus nietos destrozan. El jarro de leche tibia, ordeñada en la paz de los campos, de una vaca de trémulas y rosadas ubres, tiene los bordes dados de retama y alguna vez sabe á cicuta. Valle-Inclán no ha querido reproducir el idilio clásico sin esa punta de amargura y ese maligno filtro.

Ramón del Valle-Inclán, tiene una formidable reputación de estilista. La ganó bien; pero ahora ya le pesa demasiado esa carga de alabanzas que versan siempre sobre los propios triunfos. Quizás él mismo en sus tiempos de lucha, antes de publicar su «Sonata de Otoño,» insistió sobradamente en la fuerza única, esencial y todopoderosa del estilo. —Tres razones hay —dijo al Sar Peladan el maestro Barbey d'Aurevilly— para que el escándalo te acompañe. Son las tres cosas más odiadas en los tiempos presentes: la aristocracia, el catolicismo y la originalidad.—Sobre estas tres razones de antipatía general puso Valle otra más odiada todavía: la literatura. Y la literatura en su forma más intransigente, más hermética. La estética de Valle ha sonado como una sentencia sin apelación en cafés, cenáculos y saloncillos. Predicaba el desprecio de la época actual, el odio de lo colectivo, la indiferencia ante el movimiento social, la metamorfosis del dolor por la exaltación y la redención por el orgullo. No se apartaba de algún precursor suyo, sino por la falta absoluta de caridad intelectual. ¿Moral? «La obra de arte es moral por una consecuencia forzosa de su propia belleza.»—Y ahora, ¿han pasado los años sobre la estética de Valle-Inclán ó sobre el público? Ya no escan-

daliza, ya no suscita discusión. La personalidad le ha salvado y todos le conceden, como escritor, el estilo; como novelista, el interés.

Y como Valle-Inclán ha llegado á ser, entre la juventud española, una gloria literaria —para la admiración la más justa y para la imitación la más peligrosa,— daré noticia en estas líneas de los nuevos planes del autor de las Sonatas. El marqués de Bradomin descansa de sus borrascosos trances de amor y de fortuna. Valle-Inclán ha emprendido ahora otra serie de cuatro libros, cuyos títulos serán: «Águila de blasón,» «Hierro de lanza,» «Lis de plata,» «Cruz de espada.» Constituirán la apología de las fuertes é indomables individualidades perdidas y vencidas en un medio hostil. El Águila es un hidalgo, un señor sin pecheros, vegetando en una aldea; la lanza la lleva un cabecilla, que en tiempo de Hernán Cortés hubiera ganado tierras para la cristiandad; el lis de plata es una angélica fundadora, y la cruz de espada un nuevo Ignacio de Loyola; los dos ahogados, los dos consumidos en la lucha contra la ruindad del siglo. Esa cadena magnética, ese haz de voluntades puras, necesarias para ejercer influencia sobre un pueblo, no puede crearse por el deseo, ni aun por el sacrificio de una sola voluntad.

¿No será ésta la obra más bella de nuestro insuperable estilista? Valle-Inclán, con otros dos escritores de la nueva generación, vive en un mundo que le es propio. —Esos dos escritores —los dejaré aquí nombrados á despecho de todas las controversias —son Azorín y Pío Baroja.— Cada uno de esos tres, y sólo esos tres, ha sabido reducir la realidad á una fórmula literaria creada por su temperamento. El mundo de Valle-Inclán linda con la leyenda. Hay en él gallardos caballeros, de palabras amables, de corazón crueles, que gozan destrozando corazones ardientes, y

abrasando en amor las puras almas de las doncellas. Esos bizarros aventureros han sido granaderos del rey y llegan á la vejez con el cabello cano, los ojos jóvenes y la memoria llena de su prosapia. Entablan discusiones de teología con abades y más sutiles aún con abadesas, saben terribles historias y ocultan siempre la suya. A ratos esas creaciones de una época extinta, desaparecen y queda un paisaje gallego de amplios casones, de caminos sonoros,

frescos y amables por las alboradas, hoscos y temerosos al caer la noche. Esos paisajes se oscurecen con el ánima fugitiva de los endemoniados; la sana tierra, siempre creadora, es paso de incontables misterios, y si rasga un relámpago las tinieblas, es para alumbrar un viejo escudo en que campan las armas del primer Bradomin.

LUIS BELLO.

ESTRELLAS FIJAS.

Cuando ya de la vida
El alma tenga, con el cuerpo rota,
Y duerma en el sepulcro
Esa noche más larga que las otras;

Mis ojos, que en recuerdo
Del infinito eterno de las cosas
Guardaron sólo como de un ensueño
La tibia luz de tus miradas hondas,

Al ir descomponiéndose
Entre la obscura fosa,
Verán —en lo ignorado de la muerte—
Tus ojos.... destacándose en la sombra.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA.



VIOLA SUAVIS.....

Ocaso de oro y ópalo en el cielo;
 El otoño, en el breve jardincito
 Donde llora doliente violoncelo
 Una vaga nostalgia de infinito.

Una joven recorre con anhelo
 Los hondos versos que Verlaine ha escrito,
 Y cae el halo de ámbar de su pelo
 Sobre las rimas del Cantor maldito.

Son las «Fiestas Galantes.» —De su asiento,
 —Así van las libélulas inquietas—
 Se levanta, ligera como el viento:

«Flores—dice—al Poeta entre Poetas!»
 Y en el libro, con grácil movimiento,
 Deshoja un ramillete de violetas

LEOPOLDO DÍAZ.



ADSIT FORTIOR!

El castillo almenado se muestra vestido de sombras. Es la hora misteriosa en que la melancolía baja á la tierra, en que encuentran satisfacción los más vagos y más secretos anhelos del corazón y en que la diosa de los castos favores, envuelta en una nube, besa la frente del dormido Endimión.

En la terraza más inmediata al puente levadizo, la linda castellana, con la veste desceñida como una antigua Gracia, respira las tibias voluptuosidades de la tarde, y parece absorta en la tarea de deshojar una simbólica margarita. Ha abandonado el salón de fiestas, en donde un Peregrino distribuye reliquias y refiere los dramáticos accidentes de su piadosa y larga romería, y en donde un Trovador hace revivir con sus cantos, las proezas y la gloria de los trofeos que cubren las paredes, suscitando más de una vez el recuerdo de hermosas damas, que con su presencia hicieron mayor el galardón y más amarga la impotencia del vencido.

A la linda castellana no le interesa el pasado, empieza á vivir, y consultado la flor de los horóscopos, quiere, por el contrario, salir al encuentro del porvenir. Pien- sa en el vencedor del último torneo; re- cuerda que cuando todavía llevaba la vi- sera del casco calada, se acercó á pedirle permiso para repetir su nombre durante el combate, y que después fueron sus pro- pias manos las que le consagraron el triunfo.

No ha hecho sino pasar, cruzar por su camino, y no lo olvidará, como recono- cerá siempre, el blanco halcón que extiende sus alas en su escudo y sobre su alta ci- mera. Pero, él. . . . ¿El? Y como obe- deciendo á un mágico conjuro, se hace es- cuchar, á lo lejos, pronto, muy cerca, el galope de un caballo.

Las espuelas enrojecidas, el foso fran- queado de un salto, la escala de seda inevi- table y el caballero que lleva en sus ar- mas un blanco halcón de alas tendidas, es- tá ya á los pies de la linda castellana, que

oculta en su seno el último pétalo de la deshojada margarita. . . .

Es la época en que la espada ennoblece todas las pasiones y en que sólo tienen derecho á amar, los valientes, los que son fuertes. Se conquista á una mujer como se toma una fortaleza, y el amor que no retrocede ante la muerte, embriaga más que el vino generoso y seduce como la misma gloria!! Adsit fortior!

Hoy, el «plastrón» y el «blanco,» es todo lo que nos queda del antiguo torneo y de la justa caballeresca. El noble ejercicio se ha transformado en un «Sport» práctico, productivo. Las damas ya no se asocian al espectáculo, con su emoción y sus sonrisas. Han sido desalojadas:—los pre-

mios son en dinero!

Allá van, en vertiginosa carrera, sus destinos confundidos, el caballero con el rostro descubierto, orgulloso de su empresa, y la linda castellana sentada á la grupa, con reflejos de aurora en la larga cabellera y sonriendo á todas las alegrías, porque sabe que á pesar del foso y de la escala, ella ha vencido al vencedor, y que en el pedazo de cielo azul de su nueva vida, no habrá jamás espacio para que despliegue su vuelo el blanco halcón de alas extendidas!!

MARCO M. AVELLANEDA.

Argentino.



J. RUELAS.
-1903-



LA FIESTA NACIONAL.

(ROJO Y NEGRO).

Al maestro Antonio Fuentes.

I

Una nota de clarín
desgarrada,
penetrante,
rompe el aire con vibrante
puñalada
Ronco toque de timbal.

Salta el toro
en la arena.
Bufa, ruge
Roto cruje
un capote de percal
Acomete
rebramando, arrollando
á caballo y caballero
Da principio
el primero
espectáculo español.

La hermosa fiesta bravía
de terror y de alegría
de este viejo pueblo fiero
¡Oro, seda, sangre y sol!

II

En los vuelos del capote
con el toro que va y viene
juega, al estilo andaluz,
en una clásica suerte
complicada con la muerte,
y chorreada de luz

Elegante
y valiente;
y con una seriedad
conveniente,
va burlando
la feroz acometida
y jugando
con la vida
ágilmente.

(Véase Fuentes
lanceando).

III

Un montón
de correas y de astillas

y de carne palpitante
y sangrante. . . .
Un fracaso de costillas
con estruendo. . . .
Correajes perforados
y hebillajes
destrozados. . . .
Sangre en tierra. . . .
Polvo, un grito. . . . ¡Una ovación!

Y la paz es un charco
de sangre mala y negra
y aquellos dientes fríos y amarillos. . . .
Un azadón, un esportón de tierra
y aquel montón de arreos
que, como cosa muerta,
junto del jaco muerto
están sobre la arena,

IV

Agil, solo, alegre,
sin perder la línea
—sin más que la gracia
contra de la ira—
andando,
marcando,
ritmando
un viaje especial de esbeltez y osadía. . . .
llega, cuadra, para,
—los brazos alzando—
y, allá por encima
de las astas, que buscan el pecho,
las dos banderillas,
milagrosamente
clavando. . . . se esquiva
ágil, solo, alegre,
¡sin perder la línea!

V

Veinte mil corazones
laten en un silencio

claro y caliente. Brindis.
Suenan con golpe seco
las banderillas mustias
en el lomo del toro, y á su cuello
la roja sangre tibia
hace un foulard soberbio.

De un lado, por debajo
del rojo trapo en que su furia engríe,
el toro surge, alzando
remolinos de arena;
de otro lado sonríe uná cara morena

Ó bien en los tres tiempos
del pase natural, tendiendo el brazo
guarnecido de oro,
la clásica elegancia
con seriedad ejerce y arrogancia.

¡Fué, pudo ser! Los alamares de oro
rozaron con el asta ensangrentada.
En la arena tendido yace el toro
y de pie, sonriendo está el espada.
Veinte mil voces—una—gritan locas.

VI

Y suena esa divina musiquilla
de «La Giralda,» que es toda Sevilla,
y es torera y graciosa y animada,
y habla de la mujer enamorada
que nos espera. . . . Y nombra
naranjos y azahares,
y la caña olorosa,
y una alegría rítmica en cantares,
y una tristeza vaga y lujuriosa. . . .

Los látigos chasquean,
agitan las mulillas
en su carrera locas campanillas,
y mientras que se olean
las frentes sudorosas
y en el pecho golpean
los corazones, suena

la música torera y sevillana,
 y, dejando en la arena
 un surco negro y grana,
 pasa arrastrado el toro.
 Lleva en el fuerte cuerno
 un hilillo de oro.

Después, como de un tajo,
 la música, la luz y la algazara
 cesan en un momento

contra compás. . . . De un golpe el movimiento
 se desvanece y para.

VII

El gran suspiro que es la tarde, crece
 como de un pecho inmenso. Palidece
 el sol. Y terminada
 la fiesta de oro y rojo, á la mirada
 queda solo. . . . un eco
 de amarillo seco
 y sangre cuajada.

MANUEL MACHADO.





EL PÓRTICO DEL TEMPLO.

DIÁLOGO DIVAGATORIO ENTRE ROMÁN Y SABINO, DOS AMIGOS.

ROMÁN.—¿Que nada hemos inventado? ¿Y eso, qué le hace? Así nos hemos ahorrado el esfuerzo y ahinco de tener que inventar, y nos queda más lozano y más fresco el espíritu . . .

SABINO.—Al contrario. Es el constante esfuerzo lo que nos mantiene la lozanía y la frescura espirituales. Se ablanda, languidece y desmirria el ingenio que no se emplea. . .

R.—¿Que no se emplea en inventar esas cosas? . . .

S.—U otras cualesquiera . . .

R.—Ah, ¿y quién te dice que no hemos inventado otras cosas?

S.—¡Cosas inútiles!

R.—¿Y quién es juez de su utilidad? Desengáñate, cuando no nos ponemos á inventar cosas de esas, es que no sentimos la necesidad de ellas.

S.—Pero así que otros las inventan, las tomamos de ellos, nos las apropiamos, y de ellas nos servimos.

R.—Inventen, pues, ellos, y nosotros nos aprovecharemos de sus invenciones. Pues confío y espero en que estarás convencido, como yo lo estoy, de que la luz eléctrica alumbrá aquí tan bien como allá donde se inventó.

S.—Acaso mejor.

R.—No me atrevía á decir yo tanto

S.—Pero ellos, ejercitando su inventiva en inventar cosas tales, se ponen en disposición y facultad de seguir inventando, mientras nosotros

R.—Mientras nosotros ahorramos nuestros esfuerzos.

S.—¿Para qué?

R.—Para ir viviendo, y no es poco.

S.—Es que, además, la ciencia no sólo tiene un valor práctico ó de aplicación á la vida mediante la industria, sino que le tiene también ideal y puro . . .

R.—Sí, es zaguán para la sabiduría, ya que por ella nos hacemos un concepto del universo y de nuestro lugar y valor en él. La ciencia es el pórtico de la filosofía, ¿no es eso?

S.—Sin duda alguna.

R.—¿Y si el templo de la sabiduría tuviese, mi buen Sabino, alguna puerta trasera disimulada en el espesor de sus muros, por donde se pueda entrar en él sin necesitar de zaguán ni porche alguno?

S.—Acaso el buscar y columbrar esa puerta hurtada y escondida, cueste más trabajo que entrar por el zaguán y esperar allí á que se nos abra la puerta maestra.

R.—Más trabajo tal vez, cierto, pero trabajo más acomodado á nuestras facultades. Lo que para uno es más costoso, es para el otro lo más llevadero, y á la inversa. Y además, si nos empeñamos en entrar en el hogar de la sabiduría por el zaguán de la ciencia, corremos riesgo de quedarnos en éste la vida toda, esperando á que aquél se nos abra, y francamente, amigo, de quedarse fuera, vale más quedarse al aire libre, bajo el cielo y las estrellas, donde el aire nos da de donde quiere y sin rebotes.

S.—Todo eso no son sino achaques de la holgazanería, pretextos de la ociosidad.

R.—¿Ociosidad has dicho? Mira, coge y alárgame ese tomo que tienes ahí, á tu derecha, ese, los «Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera» que acaban de publicarse en la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles.» Tráelo. Aquí está, en el primer sermón, en las consideraciones del Domingo de Septuagésima, sobre aquel texto de S. Mateo (XX, 6), «¿por qué estáis todo el día ociosos?» Oye al buen padre dominico cuando defiende á los frailes y abades del reproche de que ganan la comida cantando y todo el año huelgan, recordando la definición de Santo Tomás, su hermano en religión, de que el ocio se opone á aquel orden enderezado á conseguir su fin propio. Y como es de esperar, en él reputa ociosos á todos aquellos que se emplean en conseguir cosas no conducentes á su fin propio, que es el de salvarse. «Si vuestras inquietudes, negocios y desasosiegos os apartan de Dios, ocioso estáis, vagabundo y holgazán sois,» dice.

S.—¿Y apruebas eso tú? ¿Tú? ¿Tú?

R.—Yo ni apruebo ni desapruebo nada. Yo sólo digo que muchos se meten en el porche del templo, no en espera de entrar un día en éste, sino para guarecerse allí de la intemperie, y porque no resisten ni el toque derecho del sol ni el libre abrazo del aire libre; yo sólo digo que para muchos no es el cultivo de la ciencia más que un narcótico de la vida; yo sólo digo que ese delirio con que se entregan hombres y pueblos á lo que han dado en llamar civilización, no es sino consecuencia de sentirse desesperados

por no poder gozar de los frutos de la que llamamos barbarie.

S.—¿Y la puerta trasera, la de escape?

R.—Esa no se llega á descubrir sino después que uno se ha lavado bien los ojos con lágrimas que suben á ellos desde el fondo del corazón. «Nace el amor —dice en sus «Contemplaciones» el idiota —como las lágrimas que de los ojos caen al pecho, porque de la inteligencia nace el amor y cae en el corazón por la fe.» Pero yo creo que sucede al revés. Todas las grandes obras de sabiduría han sido hijas de amor verdadero, es decir, doloroso. Cuando en una obra de ciencia encuentres sabiduría, no te quepa duda alguna de que la dictó una pasión, una pasión dolorosa y mucho más honda y entrañable que esa miserable curiosidad de averiguar el cómo de las cosas. «Seréis como dioses, sabedores de la ciencia del bien y del mal,» tentó la serpiente á Adán y Eva cuando éstos languidecían la felicidad fatal del Paraíso, libres de dolores.

S.—Y trayendo la cosa acá, á nuestra Patria, ¿qué sacas de todo eso? ¿qué aplicación á nuestro estado? Ya que con tanto y tan injusto y tan pernicioso desdén hablas del pórtico del templo, muéstranos la puerta esa que dices y por la que se entra derechamente y sin tener que hacer antesala, en él.

R.—Esa puerta no se la puede mostrar hombre á hombre, sino á lo sumo meterle en deseo de buscarla por sí. Las cosas de experiencia personal é íntima no se transmiten de un hombre á otro hombre. Nos pasamos unos á otros pesetas é ideas, pero no el disfrute de unas ni de otras. Hace pocos días he leído en un libro de Bernardo Shaw, este aforismo: «el que puede, hace; el que no puede, enseña.»

S.—Te pareces á los krausistas; todo se te va en propedéutica y prolegómenos.

R.—Fijate y observa que los que más hecharon en cara, aquí en nuestra España, á nuestros benditos krausistas de hace treinta ó cuarenta años, el haberse pasado el tiempo en propedéuticas, esos reprochadores se lo han pasado en hacer índices, epílogos, catálogos y fes de erratas. Y váyase

lo uno por lo otro. Se han instalado no en el pórtico del templo, sino en su corral, donde se ocupan en recoger, ordenar y clasificar despojos y mondaduras.

S.—Bueno, y vosotros, los del aire libre, qué hacéis?

R.—Nosotros somos los solitarios, y los solitarios todos se entienden entre sí, aun sin hablarse, ni verse, ni siquiera conocerse. Me acompañan en mi soledad las soledades de los demás solitarios. Se habla mucho de solidaridad, y se nos dice que cuantos habitan en el pórtico del templo y tienen allí puestas sus prendas de mercadería, se sienten solidarios entre sí. Sin duda, cada cual envía al parroquiano á la barraca del otro, porque tienen divididos sus géneros y acotados, y se alaban mutuamente sus mercaderías. Conozco el repugnante compadrazgo de los mercaderes del pórtico, pero te aseguro que en el hondón de sus corazones no están más unidos que lo estamos los que vagamos, sin rumbo y sin ventura, por los alrededores del templo, bajo el cielo abierto, en busca de que una congoja nos abra la puerta trasera de él, la de escape, la escondida. Y cuando de noche, al cerrar sus tenderetes, se duermen entre sus cachivaches, créeme que no lo pasan bien, porque entonces es cuando en el silencio se conocen los unos á los otros.

S.—¿Y si un día se les abren de par en par las hojas de la gran puerta del templo? Porque ellos esperan humildemente.

R.—¿Humildemente? ¡Valiente humildad la suya! Si fueran humildes estaban salvados. Pero no sabes tú bien como esos buhoneros y quinquilleros desprecian, ó fingen despreciar á los mismos que fabrican las menudencias que ellos venden. ¡Humildemente! Si fueran humildes se les abrirían las puertas del templo.

S.—¿Y si les abren?

R.—No entrarán en él, tenlo por seguro, no entrarán en él. Su corazón está tan apegado á las chucherías de sus tiendas, está cada uno de ellos tan satisfecho de ser especialista en anillos ó en pelotas ó en jabones de olor, ó en pitos, ó en libros de viejo, que no dejarán sus tiendas ni para entrar en el templo y ver la cara á Dios. Son unos avaros, nada más que unos avaros. Y además, ¿que van á hacer en el templo si han olvidado á cantar los que lo supieron? En el templo no se vocea la mercancía, sino se canta. Y si entraran en él, el Hijo del Señor les echaría á latigazos. Que vendan en el pórtico libros desalmos y los cotejen unos con otros y los estudien y los corrijan, y los acicalen y los editen, pero que no entren á cantar con ellos, ¡por Dios! ¿Qué tiene que ver la una cosa con la otra?

S.—Y, sin embargo. . . .

R.—Sin embargo, ese viejo Kempis que ves ahí, sobre mi mesa, texto desnudo y limpio, de batalla, corriente, me ha procurado más alivio y más consuelo que se lo procuró el suyo á ese señor que ha hecho una edición crítica de él, precedida de doctísima introducción, y seguida de eruditísimas notas, tan vanas unas como otra. Eso no es sino la concupiscencia morbosa del saber.

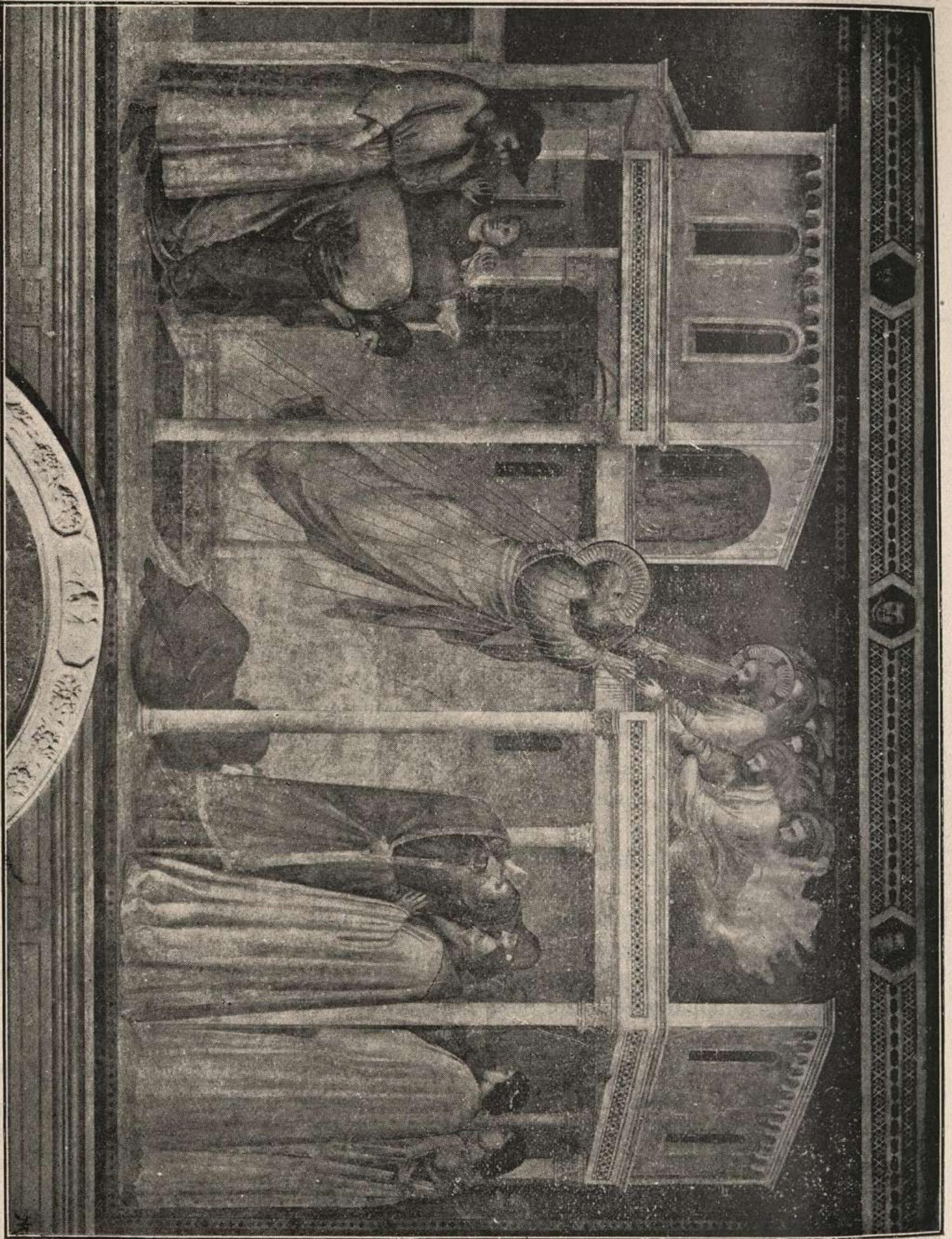
S.—¿Y qué otra cosa quieres que hagan?

R.—¿Qué otra cosa? Desesperarse y contarnos su desesperación ó esperanzarse y contarnos sus esperanzas. ¡Cantar!

S.—No todas las aves nacieron para el canto.

R.—Pues las que no nacieron para él, que no canten, pero que tampoco graznen. Y que no hagan lo de la urraca.

MIGUEL DE UNAMUNO.



Florençia.—San Juan Evangelista ascendiendo al cielo.—(Giotto).



EL PEOR ENEMIGO DE CERVANTES.

Recién entrado el año de 1905, y cuando yo, terminada la agradable tarea de acopiar las noticias que había menester, disponíame á redactar mi estudio acerca de *Rinconete y Cortadillo*, me sorprendió agradablemente con su visita mi amigo muy estimado Navarro Ledesma. Llevábale á la hermosa ciudad de la Torre del Oro y de la Giralda su vehemente deseo de *documentarse* para escribir de allí á poco *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, esa bizzarria, ese primor de libro que, sin ser del todo historia en muchos pormenores, da en el conjunto una visión admirable y justa, por nadie sino por él lograda, de aquel lejano tiempo, y habla garridamente á las fantasías nobles y á los corazones generosos.

Honréme desde luego sirviendo de *cicerone* á mi gentil tocayo y á Tomás Cubas, su simpático acompañante, y pues casi holgaba el aparatillo fotográfico de que iban provistos, porque los lugares hispanos que Cervantes mencionó en sus obras, tienen hoy muy otro aspecto del que entonces tenían, charlábamos, ahora en tal calle, luego en tal plaza, y yo les decía lo que según mi leal entender era para sabido. ¡A fe que por estas y otras

tales futesas me pagó Navarro muy á lo rey, con una honrosa mención de mi nombre en la advertencia preliminar de su delectosa obra!

Uno de aquellos días, platicando los dos junto á mi revuelta mesa de trabajo, recayó la conversación sobre el *hombre negro* de Cervantes: sobre aquel tristemente famoso Juan Blanco de Paz. Como á porfia, casi arrebatándonos la palabra de la boca, recordamos alternativa y atropelladamente sus embustes, sus taimas, sus vilezas: todo cuanto hizo en Argel aquel miserable, primero delatando á Cervantes y á sus camaradas y malogrando el valentísimo plan de su evasión (¡para recibir por paga un escudo de oro y una jarra de manteca, menos aún que Judas!), y después, porque el «dicho miguel de zerbantes se quejaba de él, con rrazon» amenazando al hidalgo complutense con que «avía de tomar informaciones contra él para hacerle perder toda la pretension que tenía de su magestad de hacerle merced de sus servicios y cosas que hizo en argel. . . .»

No cabía ser más infame una criatura: daña á sus compatriotas frustrándoles su libertad y poniéndolos en riesgo inminente de perder la vida, y después, como si él

y no ellos hubiese recibido el agravio, trata nueva y ahincadamente de perjudicar á Cervantes, mancillándole en la honra por medio de testigos comprados. El propio Blanco de Paz lo manifestó al capitán sardo Lopino: «Yo le prometo que á quien á mipicare e ne hiziere mal, como dizen me han de hazer, que le tengo de dañar e perjudicar en quanto pudiere, aunque sea contra mi padre, porque aquí en argel hallaré testigos por cada paso.» Y hablando de estas cosas, acaecidas el año 1579, recordábamos que Blanco de Paz, por natural de la villa de Montemolin, junto á Llerena, ya olía que trasminaba á morisco, y que amén de esto, algún testigo, verbigracia, Hernando de Vega, declaró haber oído decir «como el dicho Juan blanco de paz hera mudejar,» especie, á la verdad, muy puesta en lo realengo, pues por los antiguos censos de población y por las viejas relaciones topográficas consta haber sido pueblos casi enteramente de moriscos, no sólo Hornachos, sino Montemolin, que tenía quinientos vecinos en 1587, y pertenecía, como aquél, al partido de Llerena, todo ello en la provincia de León de la Orden de Santiago. Así Cabrera de Córdoba, en una de sus *Relaciones* (22 de Noviembre de 1608), hablaba de un alcalde de corte enviado á la villa de Hornachos, «cabe Llerena, por estar alzados los vezinos de ella, que son todos moriscos.» Todo esto sobre que el apellido *Blanco* era muy común entre los moriscos de aquella región: Francisco Blanco se llamaba, por ejemplo, aquel morisco de Hornachos que, según el *Censo Español* publicado por Don Tomás González, dejó el oficio de arriero é hizo grandes progresos en la labor de ciertas minas.

Yendo y viniendo sobre la mala vida y los peores milagros de este abominable clérigo, «persona malquista, aborrido de gentes,» que no usaba ni ejercía su oficio de

sacerdote, pero que, en cambio, abofeteaba y acosaba tal cual vez á colegas suyos de buena y virtuosa conducta, y después de comunicar á Navarro Ledesma algunas curiosas especies que yo había hallado acerca del alférez osunés Luis de Pedrosa, cuyo padre fué grande amigo del abuelo de Cervantes, juez de la audiencia del conde de Ureña en Osuna, quedámonos callados por algunos momentos, reparando yo entre mí por qué malos tramojos había llevado siempre á Cervantes su mala estrella, cuando regalaron y encumbraron las suyas á tantos necios y á tantos bribones para vivir y holgarse á todas sus anchas, como si entero el bienestar del mundo se hubiese criado y sazonado para ellos.

De pronto, mi amigo formuló esta pregunta:

—¿Volverían á encontrarse alguna vez Cervantes y Blanco de Paz, pasadas aquellas negruras del cautiverio?

A la verdad, esperábala yo de un ingenio tan pesquisidor como el de Navarro, y le respondí sonriendo, no sin echar una mirada sobre los cartapacios que había en un lado de la mesa:

—Bien pudieron verse, ó, á lo menos, tener el uno del otro noticias muy ciertas. Hasta ahora mismo, no parece sino que se tragó á Blanco de Paz al salir de Argel, como en castigo de sus maldades. Nadie ha sabido cosa alguna posterior de aquel hombre. Eso que por ahí ha cundido de que él hubo de ser el autor del falso *Quijote*, es ensueño vano de los Benjumeas, que en lugar de afanarse buscando verdades recónditas en los polvorientos archivos públicos y particulares, venden por cosa averiguada sus delirios. Mas yo he tenido la suerte (que algunas suertes había de tener mi vida, entre tantísimos azares como la amargan) de hallar noticias ignoradas acerca del mayor ene-

migo que tuvo el incomparable novelador. No son muchas, ciertamente; pero en esto por todas gana á los demás.

Y tomando uno de los cartapacios antedichos, busqué y entresaqué unas cuartillas de letra menuda mía. Contra lo que Navarro Ledesma esperaba, á juzgar por la expresión anhelosa de su rostro, no se las lei: hallé preferible, teniéndolas á la vista, continuar mi relato, y lo proseguí en estos ó parecidos términos:

—Libre del cautiverio Juan Blanco de Paz, corrió mundo algunos años, hasta doce ó trece, por sitios que ignoro, aunque bien puede presumirse que no haría nada bueno en ninguna parte, y fué á dar con sus huesos en Roma, á lo que presumo en busca de alguna prebenda. Allí hizo trato y engañosa amistad con un clérigo hispanense llamado Fernando Orsuche de Ábrego, beneficiado de la villa de Jimena (obispado de Cádiz) y hermano de aquel Vicente Orsuche (no *Arcucha*, como leyó equivocadamente el Sr. Asensio) que trató alguna vez con Cervantes. Y como no era en la potestad del traidor excautivo extremeño, dejar de dañar á quien con él se rozase, tomó á cambio ciertos dineros en un banco de la Ciudad Eterna, logró que para ello lo fiara Orsuche, y saliendo falsa la relación de crédito que se invocaba en la letra de cambio y no pagando aquel dinero el librado, el fiador tuvo necesidad de satisfacer la deuda, ya que no lo hizo Blanco de Paz.

Y no hubo manera de que éste, antes de salir de Roma, reintegrarse á aquel lo que por tan poco limpio camino le debía, ni lo hizo después, cuando entrambos estuvieron de regreso en España. De este modo relataba tales hechos el engañado, en una escritura pública: «... por quanto el licenciado Juan Blanco de Paz, clérigo natural de Montemolín, me deve mucha cantidad de dineros de lasto e paga que yo hize por él

estando en roma de dineros que tomó á cambio...» Sigue á esto el relato de cuanto fué preciso hacer para ponerse en vía de cobrarle: «... y por no me aver pagado el dicho lasto, el abditor de la cámara apostólica tiene dadas y discernidas contra él e contra sus bienes letras de descomunión e censuras e secrestos e otros Recabdos ynvocando al braco seglar para que me pague lo que asy me deve, y aunque le consta serme debdor por la paga y el lasto que por él hize, no me ha querido ni quiere pagar...» ¡Como se ve, era el mismo mal hombre que años atrás había hostilizado á Cervantes!

Pero dije ha poco que bien pudieron volverse á ver Cervantes y su vil delator, y hora es ya de patentizarlo. Cuando Orsuche, en la escritura pública de que voy haciendo mérito, otorgada en Sevilla á 12 de Enero de 1594, confirió poder á Francisco López para que ejecutase por la paga á Blanco de Paz, éste —manifiéstalo el mismo poderdante —solía estar y residir en la ciudad de Baza; y á Baza fué pocos meses después Miguel de Cervantes, con su real provisión que lo acreditaba por cobrador de tercias y alcabalas: en 9 de Septiembre del dicho año exhibió en Baza la cédula real antedicha, y tomó cuentas á los tesoreros, y los ejecutó por lo que debían del primer tercio de aquel año, y cobró su salario de seis días, todo lo cual consta por los documentos que en su *Vida de Cervantes* sacó á luz Don Martín Fernández de Navarrete. Si en estos seis días no se tropezaron el gran Cervantes y el ruin Blanco de Paz, cosa harto fácil en un pueblo que aquel año no pasaba de 1,537 vecinos, según el mencionado *Censo de población*, á lo menos es muy probable de que supiesen el uno del otro.

Por mi gusto no habría quedado aquí la investigación; mas á pesar del generoso auxilio que para ampliarla me prestaron D.

Santiago Bermúdez, arcipreste de Baza, D. Daniel Alejo, párroco de Montemolín, y D. Florencio Benítez, archivero del distrito notarial de Fuente de cantos, viajes requieren estas cosas; y no hay mandado como el que se hace uno mismo. En fin, muestro lo que tengo, y nadie podría obligarme á más. Al malogrado é inolvidable amigo Navarro Ledesma agradó mucho es-

tepoquito de averiguación mía; no desplace ahora al doctísimo cervantista de Londres á quien la dedico, ni á los cultos lectores de *El Imparcial*, tan acostumbrados á excelentes lecturas, y, como dicen en los cuentos, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo vaya á buscar.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Del «Imparcial» de Madrid.

La alta sociedad mexicana ha perdido una de sus más preciadas galas con la muerte de la Sra. Doña

DOLORÉS CAMACHO, VDA. DE LANDA.

El mes pasado de Septiembre falleció en el número 1 de la calle de Rosales, dejando sumido en el más profundo dolor á su amado padre el Sr. Ingeniero Don Sebastián Camacho, uno de nuestros más distinguidos hombres de negocios.

Fué *Lolita Camacho*, como cariñosamente se le llamaba, una dama de nuestra sociedad, llena de talento, de gracias y de relevantes virtudes. El duelo ha sido general; y deseando al Señor Don Sebastián, á sus hermanos y á sus hijos, la resignación necesaria en tan tremendo trance, arrojamos devotamente las más frescas flores en su recién abierta fosa.



¡OH, POETA!

(Portada del libro «Quimeras,»

de Guillermo Posada, bogotano).

En esa hora muda en que el alma asesina
al cuerpo, entre el olvido de su mansión escueta
luchaba con el Verbo indómito, el Poeta,
á los desmayos de una lámpara mortecina.

Persegua el misterio de la rosa y la espina
(la extraña paradoja de la inquietud secreta
que no desarmoniza la faz, aunque indiscreta-
mente asome una sonrisa que la ilumina).

En ese instante esa alma debió dar la figura
del árbol milenario de una vasta llanura
solitaria, en el brote de su virtud suprema,

porque un águila prófuga, de golilla erizada,
vino al Vate, y el Vate con la mano crispada
le asió una pluma para escribir su Poema....

GUILLERMO VALENCIA.



JORNADA ANTIGUA.

(La velada en el molino. Hay viejos que platican doctorales á la luz del candil que cuelga de una viga ahumada, y mozos que tientan á las mozas en el fondo oscuro, sobre el heno oloroso. En medio de la algazara, plañe sus males la molinera, una moza gálana y encendida como las cerezas de Santa María de Meis. Los perros de un hidalgo le atarazaron las carnes al entrar en la casona, con el grano molido, y cuentan ser venganza del caballero, que sin fruto la requirió de amores. Una abuela curandera pone á la lumbre vino con romero, y adoba las yerbas del monte que tienen virtud para curar las heridas y el mal de ojo).

Liberata.—¡Cuitada de mí!

La Curandera.—Ten paciencia, Liberata.

Liberata.—¡Ni moverme puedo!

Un Mozo.—Tiene malas entrañas el señorito de Lantañón.

Una Vieja.—¡Más negras que el luto de mi alma!

Una Moza.—El año pasado, por el tiempo de la siega, lo topé anohecido al cruzar los esteros, y vino corriendo tras de mí hasta cerca de la Iglesia.

Liberata.—¡Suerte que no te alcanzó!

Un Mozo.—No correría mucho.

Un Viejo.—Como era anohecido, buscaba compañía para la vía. Juntos os quitabais mejor el miedo.

La Curandera.—Pues los otros hermanos no son mejores que Don Pedrito,

El Molinero.—¡Caínes todos!

Liberata.—¡Inda peores que Caínes!

Una Vieja.—¡Da dolor ver esos ejemplos en familias de tanto linaje! ¡Cómo se acaban las noblezas! ¡Ay, si hubieseis conocido al abuelo, Don Ramón María! ¡Era el primer caballero de estos contornos, un caballero de aquellos cual no quedan!

El Molinero.—Y dónde dejáis á mi amo? ¿Hay otro que lleve su vara más derecha, lo mismo con ricos que con pobres? ¿Hay puerta de más caridad que la suya?

Un Viejo.—En esa comparanza Inda gana al padre y al abuelo. Las puertas del rey no son más caritativas. Recuérdome un año, por la fiesta, que mandó dar de beber y comer á todos los rapaces que bailaren. Yo era rapaz entonces.

Un Mozo.—¿Y con los rapaces, qué hizo?

Una Moza.—Eso no se cuenta.

(La fragancia del vino que hierbe con el romero se difunde por la estancia como un bálsamo de aldeanos y pastores que tuviesen la tradición de otra edad remota, crédula y feliz. Un bálsamo oloroso y rústico que aumenta las virtudes familiares y las cosechas. Algunas mozas se duermen en la vela, y á todas las despierta, con la cola de un raposo, un rapaz parletano. La curandera sopla el hervor que levanta el vino, y en medio de la algazara, plañe siempre sus males Liberata la Blanca).

Liberata.—¡Maldecidos sean el amo y los canes!

La Curandera.—Maldice del amo, pero no de los canes, que tienen la bendición de Dios Nuestro Señor.

Una Vieja.—O maldice tan sólo sus dientes.

La Curandera.—De todos los animales, solamente los canes tienen saludable la saliva. Cuando Nuestro Señor andaba por el mundo, sucedió que cierto día, después de una jornada muy larga por caminos de monte, se le abrieron en los pies las heridas del clavo de la cruz. A un lado del camino estaba el palacio de un rico que se llamaba Centurión: Nuestro Señor pidió allí un poco de agua, y el rico, como era gentil, que viene á ser talmente como moro, mandó á unos criados negros que le echasen los perros, y él lo miraba desde su balcón, holgándose con las mozas que tenía. Pero los perros, lejos de morder, lamieron los divinos pies, poniendo un gran frescor en las heridas: Nuestro Señor entonces los bendijo, y por eso en antes vos decía que de cuantos animales hay en el mundo, los solos que tienen en la lengua virtud de curar, son los canes. Los demás, lobos, jabalises, lagartos, todos emponzoñan.

Un Mozo.—¿Los lobos también?

La Curandera.—Los lobos al que muerden, le infunden su ser bravío. Solamente los canes tienen la bendición de Dios Nuestro Señor.

Liberata.—¡Pues maldecidos sean sus dientes! Tengo atarazadas las piernas que no puedo moverme.

El Molinero.—Y si conforme eran sabuesos, fuesen lobicanes, ¿de qué condición sería la su dentellada?

La Curandera.—Como son los lobicanes hijos de cadela y lobo, no tienen en la saliva ni saña ni virtud, porque las dos sangres, al juntarse, se pelean, y sucede que pierden las dos.

Un Viejo.—Veces hay también en que los cachorros siguen el instinto de uno solo de los padres, tal como acontece con nosotros los cristianos.

Un Mozo.—Tengo oído que también sucede por veces heredar aquella condición de la leche que se mama, y no de la sangre.

Una Vieja.—Yo tuve una nieta criada por una cabra, y no he visto en los días de mi vida criatura á quien más le tirase andar por los altos.

La Curandera.—¿Y no habéis reparado cómo los mismos lobaquines algunas lunas parecen más feroces?

El Molinero.—Sí que lo tengo reparado en casa de mi amo.

La Curandera.—Pues esa luna se corresponde con aquella en que fueron engendrados, y sienten despertarse su ser bravío como un ramo de locura.

El Molinero.—¿Y si por acaso muerden en esa sazón?

La Curandera.—Talmente como lobos: Pero hay muchos que ignoran aquesto; y al ver cómo se encona la herida, lo atribuyen á humores de la persona.

El Molinero.—Por donde conviene saber el remedio para todas las cosas.

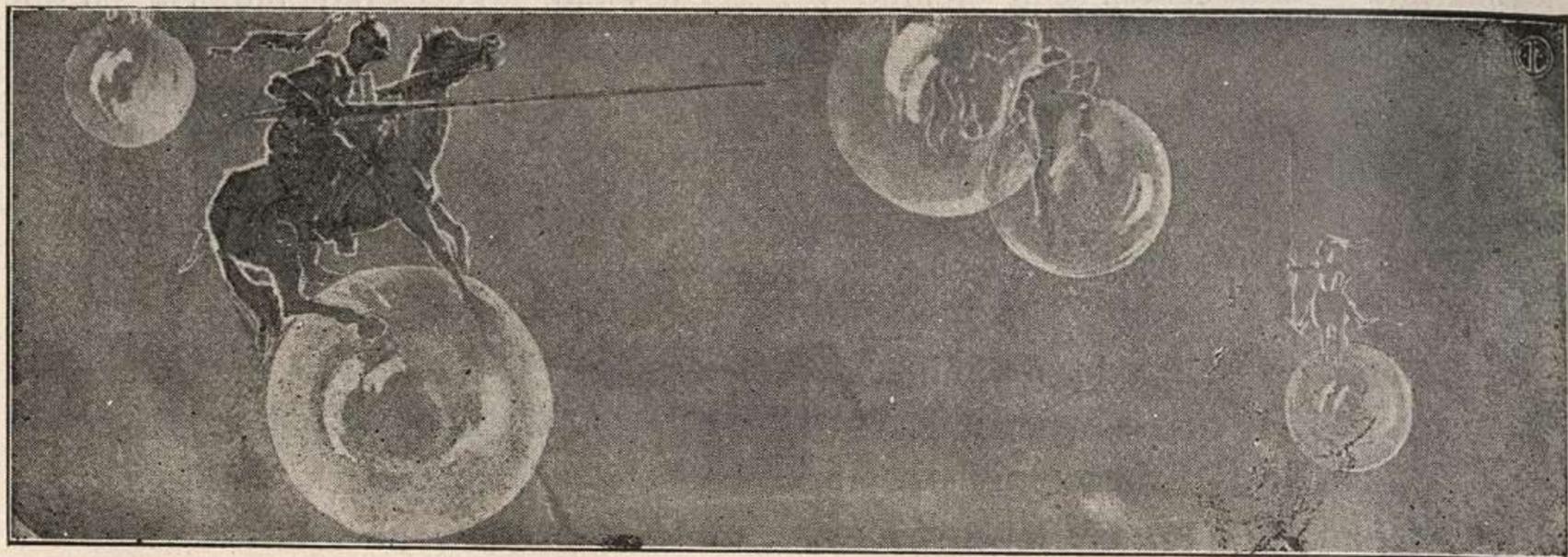
La Curandera.—No hay mal en el mundo que no tenga su medicina en una yerba.

Un Viejo.—Eso decían los antiguos, que eran más sabidores que nosotros. Y los moros conocen esos remedios.

La Curandera.—Los moros más conocen los venenos y las yerbas que hacen dormir

(La luna se levanta sobre los pinares y blanquea en la puerta del molino, donde mozas y mozos divierten la vela con cuentos de ladrones, de duendes y de ánimas. En los agros vecinos ladran los perros, como si vagasen en la noche los fantasmas de aquellos cuentos aldeanos, y volasen, en el claro de la luna, las brujas sobre sus escobas).

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.



CROMO.

Remacha el postrer clavo en el arnés, remacha
el postrer clavo en la fina tabla sonora;
es hora de partir, buen pirata; ya es hora
de que el navío pruebe el pulmón de la racha.

Bajo la quilla el cuello del tritón se agacha,
y la mágica luz del relámpago dora
la quimera de bronce incrustada en la prora,
y una sonrisa pone en el labio del hacha.

La coreada canción de la piratería
saludará el real oriflama del día
cuando la trompa del corsario ha de clamar,

glorificando á los caballeros del viento
que ensangrientan la seda azul del firmamento
con el rojo pendón de los Reyes del mar.

RUBÉN DARÍO.



LA ESMERALDA AZUL.

(CONCLUSIÓN.)

EN EL ANTRO.

Arienti se deslizó por las rocas hacia la tétrica obscuridad del antro, pronto encontró un pequeño sendero cubierto de mórbida arena y cerca del cual corría un hilo sutil de agua con murmullo apagado.

La luz agonizaba, perdiéndose en esfumaduras tenuísimas y cubriendo de curiosas penumbras la garganta cuyo seno desaparecía por completo.

Pronto se vió obligado á enarcar el ágil dorso y así avanzó audaz, semejante al Siegfredo de la leyenda teutona.

Pero, á medida que avanzaba, morían en su corazón todos los ímpetus ardientes y los proyectos audaces.

Parecía que con la oscuridad se fundiese su alma, evaporándose las rosadas promesas que interiormente, tácitamente, se había hecho. Ahora no estaba ya sereno, y en su corazón surgía una leve im-

presión de temor, sugerida por el misterio á su alma, vuelta hacia sueños extraños de cosas ultraterrenas.

En aquel momento, casi se arrepentía de su audacia, y la curiosidad que lo había impulsado á aquella aventura le parecía amarga! Se sentía niño, y el temor se agigantaba siempre en su alma y le oprimía apretándole la garganta como un cerco de fierro: y cuando el ala velluda de un murciélago le desfloró el rostro, se sobresaltó y pudo apenas reprimir un grito de terror.

Pero se repuso pronto. Pensó en Sabina, y la idea de tenerla delante, bella y tranquila, y de sentirse cobarde ante sus ojos, bastó á poner en fuga, así fuera por un momento, todo temor. Entonces descendió.

Descendió lentamente, con cauto paso cuyo ruido sofocaba la arena, y avanzó casi trastabillando en la sombra completa,

siempre sonriendo á la imagen de ella, y de la que ahora, en aquella soledad, sufría más el encanto: y la evocaba, murmuraba su dulcísimo nombre y le hablaba casi como un niño á su primer amor.

Rió entonces, y su risa juvenil se perdió sin eco en las profundidades.

Bien pronto no pudo proseguir: las tinieblas se habían hecho más densas.

Lamentó entonces no llevar consigo una antorcha, pero luego pensó que podría emplear la pequeña lámpara eléctrica de no pequeña fuerza, que traía habitualmente consigo, para servirse de ella á falta de cerillas.

La sacó de la bolsa de su pantalón y oprimió el botoncillo. La luz se esparció blanca, y las rocas que le rodeaban se iluminaron de un vago esplendor.

Las aguas no corrían ya cerca de él, encausadas en otra profundidad de la garganta, de la que aquella caverna debía sin duda ser un ramal inexplorado.

Como Arienti prosiguiera adelante, llegó pronto á un lugar donde la caverna se alargaba, formando un antro natural de tamaño considerable. Allí, en una caótica confusión que sólo puede ofrecer un lugar remotamente sacudido por convulsiones plutónicas, se entreveían gruesos riscos negrísimos, algunos pulimentados, otros escabrosos y dispuestos en la forma más curiosa, tanto que algunos de ellos tenían la apariencia de cuerpos exánimes amontonados, y de espaldas crispadas y de miembros convulsos, surgiendo del terreno arenoso.

La luz de la lamparilla se reflejaba sobre ellos, produciendo efectos extraños de sombra y de luz, que se desvanecían á lo lejos como absorbidos por las tinieblas.

Arienti se detuvo á mirar un instante como indeciso, y luego, bruscamente, se adelantó resuelto, como si hubiera querido sacudir tétricos pensamientos.

Dió algunos pasos, se introdujo en medio de las rocas, girando de aquí para allá, buscando sin duda la pared que debía limitar aquel antro, ó en la que debía tal vez abrirse una grieta nueva y más profunda.

El blanco esplendor de la lámpara lo guiaba en aquella exploración infortunada.

Pero de improviso se detuvo nuevamente combatido por una duda atroz. Le pareció haber entrevisto en la sombra, poco distante del lugar en que se hallaba, un extraño fulgor, como una pequeña llama oscilante y fulgente á breves intervalos.

Miró bien, pero no logró levantar el velo del angustioso misterio. No pudo moverse más; preso en la fatal garra del miedo, sintió desvanecerse toda fuerza y toda idea de audaz investigación.

En su mente pasaron raudos como visiones, mil sueños terroríficos, que le apretaban el corazón como anillos de fuego. Aun la dulce visión de Sabina desapareció, vencida por el terror, y su mirada no reflejó sino la imagen de cosas espectrales.

Se sintió débil, inerte, más que niño; y de su alma sintió levantarse un tumulto de cosas angustiosas que le llenaban los ojos, lo agarraban cruelmente, oprimiéndolo hasta lo íntimo. Y sus labios palidieron, el corazón cesó por un instante de latir, y un estremecimiento recorrió sus miembros, mientras parecía que su garganta estuviese apretada por una inexorable mano violentísima, que le oprimía más y más, ahogando su respiración, y sofocándolo en un dolor mudo, en una desesperación atroz, inenarrable.

Algunos instantes, que á Arienti parecieron larguísimos, transcurrieron en aquella anormal situación psíquica, hasta que, dominado el penoso mal, avanzó un paso aún, levantando por lo alto, con mano trémula, la frágil lámpara.

Y fué entonces cuando vió una cosa tan

terrible, que paralizó todos sus movimientos y tuvo por un instante suspensa su vida. Delante de él, apoyado á la dura roca de la pared, se diseñaba un cuerpo. Pero no era ya un cuerpo desbaratado por la podredumbre ó vuelto informe por la modelación de la geológica conformación del suelo subterráneo, sino un esqueleto blanquísimo, con los brazos abiertos, apoyados en los picos salientes, horrible en su extraña posición que hacía pensar en el cuerpo deshecho de algún nuevo Prometeo. Y en el cuello de aquella osatura de cuerpo humano, resplandecía una cosa misteriosa, que parecía devolver el fulgor que la lámpara eléctrica le proyectaba.

Ante aquella visión espectral, Arienti, fácil por su naturaleza á la exaltación, se sintió nuevamente presa de terrible angustia. En su cerebro tumultuaron mil pensamientos informes, mil enjambres de ideas locas; y de su corazón surgió un sentimiento de angustia que lo oprimía inexorable, sofocándolo.

Después, bruscamente, cesó todo pensamiento. Sintió que en lo íntimo de su sér se nublaba toda idea, desvaneciéndose como una cosa informe; sintió despeñarse vencido del terror que lo perdía.

Su alma no reflejó entonces ningún pensamiento, y Arienti permaneció en una postración absoluta y profunda, dominado por la anestesia completa de los sentidos. Pero después de unos momentos, como la honda vuelve á la rivera, así el pensamiento tornó á su mente. La sangre circuló por sus venas más rápidamente y las ideas empezaron á sucederse con velocidad loca. Sus ojos extraviados tuvieron un ligero estremecimiento y su mano volvió á caer. . . .

Ahora se sentía aniquilado. Sentirse sólo vecino á aquella cosa macabra que parecía lo mirase con una satánica mueca en su boca desdentada; pensando que con la

extinción, tal vez próxima, de la energía eléctrica de la lámpara, quedaría allí solo encerrado en la tiniebla, perseguido por la mueca de aquel cuerpo, cuyo espíritu vagaba, sin duda, por aquel lugar; era cosa tal, que en su alma se abría una incancelable herida y desfallecía lentamente su razón.

En vano combatió contra el terror, trató de huir y avanzó, por el contrario, hacia aquel muerto que continuaba mirándolo y sonriendo. . . .

Venció al fin por un instante el incubo que lo dominaba.

Pensó que era aquél el esqueleto del ladrón de la «Esmeralda Azul», y pensó asimismo, que el ladrón, herido de muerte, y poco práctico del lugar para escapar á la justicia, debía haberse refugiado en aquel sitio tenebroso que tal vez él sólo habría descubierto. Tenía, sin duda, consigo la preciosa esmeralda, celosamente guardada, aun cuando, debilitado por la gran pérdida de sangre, había caído casi exámine en aquel lugar, para levantarse después, y trastabillar en las tinieblas, y luchar contra la muerte que lo cercaba en sus anillos implacables, hasta sucumbir al fin en una lucha desesperada con ella, apoyado á los muros que lo habían sostenido. . . . Era cosa extraña, pero cierta; y la «Esmeralda Azul» estaba delante, unida con un círculo de oro al cuello del ladrón, del que, desbaratada ahora la materia corpórea, quedaban tan solo las vértebras sutiles como tenues y blanquísimos hilos.

Arienti tuvo entonces una extraña intuición de sí mismo. Pensó que podía arrebatarse del cuello del esqueleto la incomparable gema y huir después con ella á través de la cueva y llegar á la abertura, frente al Benaco azul, del que ahora le parecía estar separado por el infinito, y llegar hasta Sabina, por la que todo osa-

ba, porque sentía en lo íntimo ser su esclavo.

Tal vez la frescura de aquel antro natural, y el sucederse de las grandes emociones, habían tenido la fuerza de arrebatarse en el encanto de un sueño de oro su alma infantil.

—Por el amor! . . . — pensó un instante en su corazón; y se lanzó adelante, hacia el esqueleto.

Entonces, con ánimo resuelto, alzó un brazo, tomó la gema, apretó nerviosamente los dedos y tiró hacia sí . . .

El esqueleto pareció sufrir un estremecimiento. Todas las tibias rechinaron; luego, de un golpe, los tendones de los brazos se encogieron violentamente, y encerraron en un abrazo macabro el cuerpo de Arienti.



Un grito agonizó en sus labios. Alzó los brazos tratando de echarse hacia atrás, y huyendo de aquel brutal abrazo, cayó fulminado sobre la arena.

Ni después de muerto había dejado el ladrón arrancarse su presa! . . .

VANA ESPERA.

Sabina esperó largo tiempo, hasta que en el cielo despuntaron las primeras estrellas.

La campana de la Rocca dió algunos toques, á los que siguieron los de Garda y de los lugares vecinos.

Las aguas se habían vuelto oscuras. El cielo de un azul profundo se esfumaba en el Occidente con un color pálido é indeciso.

Del lago adormecido llegaba un canto dulcísimo, llevado en alas de la brisa. Bajo la Rocca reinaba una tristísima paz y un profundo misterio.

La Condesa esperó aún, hasta que mil pensamientos angustiosos le oprimieron el corazón.

Dónde estaba Arienti? Qué hacía dentro del antro á aquellas horas? . . . Por qué no venía? . . . No pensaba en ella que le quería tanto? No pensaba en su angustia, en su afán? Y luego corría con el pensamiento á las leyendas antiguas, á las sombras, al palpar de los espíritus incorpóreos en las moléculas del infinito, y á pesar suyo, tembló . . .

La noche la sorprendió sola, desesperada, sollozante, cerca de la garganta.

La luna se había elevado y plateaba las ondas.

Ella gritó y lloró. Se volvió niña y lloró oprimida por una angustia miedosa.

La oyeron de la Rocca.

Los pescadores acudieron; les habló de Arienti, y de su locura, y de sus angustias, y de sus terrores. . . . ¡Y los pescadores la miraron y se sonrieron misteriosamente uno al otro!

Alguno de ellos era valiente y superior á las supersticiones.

Con antorchas exploraron la garganta, descendieron guiados por las huellas y llegaron al lugar donde Arienti se había extraviado.

Pasaron sobre las rocas y lo encontraron tibio aún, tendido sobre la arena. Y sobre él, en un derrumbamiento macabro, se amontonaban los huesos del esqueleto.

Aquellos seres rudos comprendieron la trágica escena, pero no sospecharon jamás que las articulaciones de aquel muerto hubieran encerrado espantosamente el cuerpo de Arienti.

Y semejante hecho, dilucidado después por las autoridades, había ocurrido porque, dada la naturaleza calcárea de la gruta, en las articulaciones superiores habían permanecido aún los tendones, que partiendo del antebrazo, se alargan hacia la conjunción superior y á la extremidad del ulna, dando de esta manera vida á la articulación. Sin duda que aquellos tendones, atirantados por la humedad del lugar, al ser tocados, se habían encogido, produciendo el abrazo que había hecho en el ánimo, demasiado crédulo y sensible del doctor, tan terrible efecto, que había caído muerto por una parálisis fulminante.

Por lo demás, quién tendría un ánimo bastante fuerte para soportar, en la sombra de un completo misterio, semejante abrazo?

Sabina lo supo todo á la mañana siguiente, y su dolor llegó á la locura.

EPÍLOGO.

Ella ha partido ahora, y se halla bien distante de la hospitalaria rivera del Benaco misterioso.

Yo sé dónde se encuentra y sé también cómo llora aún el trágico fin del pobre Arienti; porque, ciertamente, lo amaba en el fondo de su alma.!

Y ahora nada queda ya bajo el áspero dorso del Baldo. Aun la «Villa Hawa» ha desaparecido, y aun el huerto y la hondonada y el bosque llenos de perfume.

Queda allí tan sólo una pobre iglesilla, uno que otro pino joven y un pequeño monasterio poblado de pájaros parleros. En realidad no queda sino una cosa que pueda recordar aquella tarde fatal; la leyenda fantástica de la «Gora» y el sonido de una campana misteriosa, producido en las noches de tempestad por la repercusión de las aguas sobre una sutil hoja de roca sonora.

En cuanto á la «Esmeralda Azul,» no valía ciertamente la pena de que el pobre Arienti hubiese tentado el misterio.

Los misterios son celosos de su secreto; y luego la «Esmeralda» no era sino una nueva y singular especie de un bellissimo ópalo!

La extraña gema hubiera ciertamente sido preciosa si fuera la única en su especie; pero en Alaska se ha descubierto no hace mucho una gran mina de dicha piedra.

Y así, dada su enorme cantidad, justamente, su valor ha disminuido muchísimo.!

(Traducción de «Revista Moderna».)



LA SOMBRA DE LAS MANOS.

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!

¡Qué pena me da miraros
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar. . . .

¡Vuelve á suspirar amores
en las teclas olvidadas!
¡Oh, piadosa mano mística!
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgredadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,

como una azucena, pálida,
quedaste en brazos de un beso
de placer extenuada!

¡Oh, manos arrepentidas!
¡Oh, manos atormentadas!

En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entreabrieron los rubies
sus pupilas escarlata.

Junto al tálamo florido,
en la noche epitalámica,
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias.

Encendisteis en el templo
los incensarios de plata;
y al pie del altar, inmóviles,

os elevasteis cruzadas,
como un manojo de lirios
que rezase una plegaria.

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias!

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,
envejecen en las sombras
de la alcoba solitaria

En la argéntea ruca donde
áureos ensueños hilabas,
hoy, melancólicas, tejen
su tristeza las arañas.

Te espera, abierta, la clave;
y sus teclas empolvadas,
aun de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan.

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas.

En el sepulcro, el poeta
inclina la frente pálida;

y sus pupilas vidriosas,
en el fondo de la caja,
aún abiertas permanecen,
esperando tu llegada.

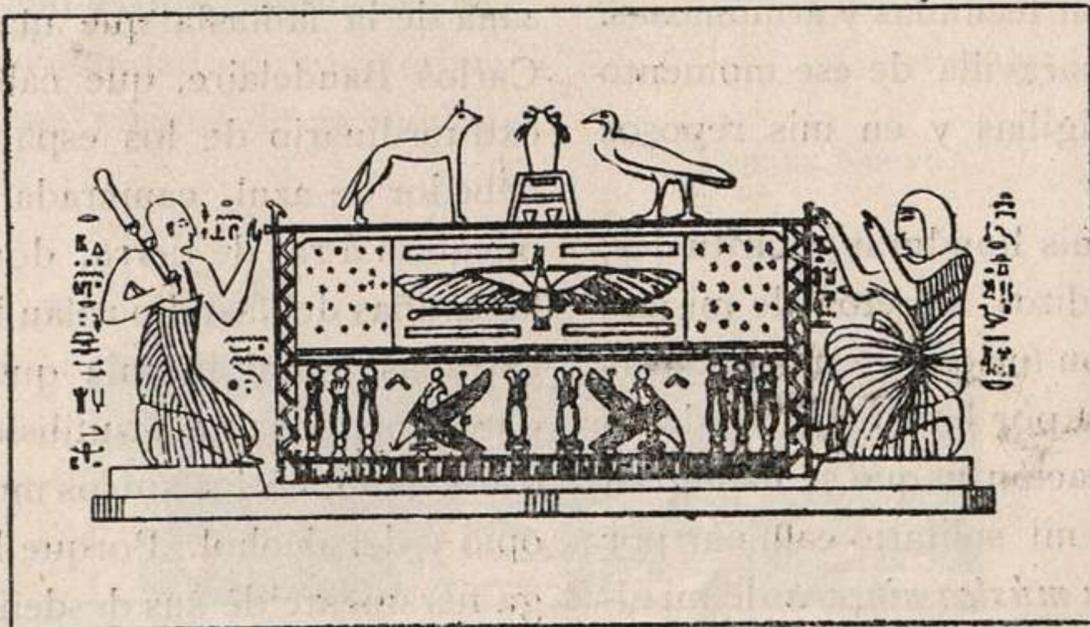
Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas
que, en las sendas florecidas
de mi juventud lozana,
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma,
¿por qué oprimís, en la noche,
como un dogal mi garganta?

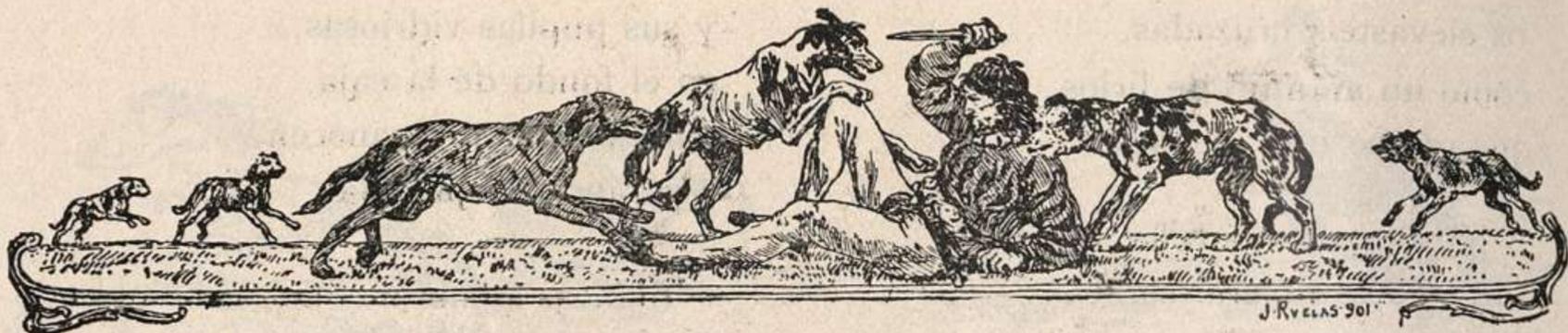
Blancas manos azucenas
por mis manos deshojadas
¿por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!

¡Qué pena me da miraros
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

FRANCISCO VILLAESPESA.





RINCÓN DE PAZ.

Desde hace luengos años avanzo por la senda mortal, envuelto en un pesado y triste ropón de misantropía.

Interminables días, abrumadoramente iguales; largas jornadas sin una sensación de amor; docto en la ciencia de estar solo entre las muchedumbres; espectador impasible; peregrino desventurado de un ideal absurdo.

Y no sé en qué hora —debió ser una noche de primavera, entre dulces músicas y perfumadas insinuaciones— nació en mi ánimo la esperanza de que en mi vida habría de intervenir un suceso que vistiera mi corazón de fiesta perenne, y desde cuyo punto mis horas vacías y vulgares habríanse de deslizar fecundas y armoniosas.

Y espero la maravilla de ese momento en mis áridas vigiliass y en mis reposos conturbados.

Yo siento en mis honduras espirituales, en los más recónditos secretos de mi materia, la aspiración furiosa de unas nuevas vidas que pugnan por hallar una verdadera y rica cristalización y que se malogran en las estepas de mi solitario caminar por los días. ¿Será *la música sincera* de mi alma que pide la clara palabra que la vista, ó la esencia de mis hijos futuros que re-

claman de mi carne la realización de un deber absoluto y único, de una deuda sagrada con la vida?

Mi espíritu estuvo alucinado por el afán de lo extraordinario, y, como los ahijados de la Luna, amé los lugares donde jamás he estado ni he de estar, las mujeres que nunca he visto, los deleites que nunca he sentido, la fragancia de flores misteriosas y desconocidas. Y esa sed de imposible ha desflorado mi juventud, me ha hecho pasar como sonámbulo por el triunfo de la vida, desdeñando sus prodigios amores, doliente visionario de un misticismo extravagante.

Llaga cruel del corazón, hiperestesia malsana de la fantasía que maceró al pobre Carlos Baudelaire, que cabalgaba, jinete extraordinario de los espacios inauditos, bebedor de azul, camarada de las nubes, mientras á ras de tierra, donde *es* la vida, las arañas del fastidio roían lentamente sus entrañas. Fatal insania que arrojó á Edgar Poe, el sabio y sutilísimo artista extrahumano, en los antros monstruosos del opio y del alcohol. Porque la vida se venga fieramente de sus desdeñadores.

Y mi ánimo medroso sacude la sandalia manchada por el polvo de esos raros y trá-

gicos derroteros. Quiero que mi vida se funda en la corriente de las vidas sencillas y humildosas.

Y en un rincón de paz rebuscaré en la rica pedrería de mi interior el atavío adecuado para los hijos de mi entendimiento, y en los jardines sensuales del mundo la harmónica forma de carne donde cristalicen esas esencias desconocidas, esas aspiraciones inexorables.

En idílico sosiego, caigan los días y los días. . . . Y en vez del estribillo sombrío del cuervo *desterrado de la ribera plutoniana*, oiga como murmurios de una fuente de encanto las prosas perfumadas del divino *Cantar de los Cantares*.

Así viviré sabiamente en cualquier paraje, con un poco de sol y frecuentes lecciones del arcipreste; una figura femenina, sencilla, delicada y un poco soñadora, que sea ideal y realidad gozosa; para mi corazón compendio definitivo, total, de todo el universo y de toda la vida.

Quizás en una sosegada pobreza, pero todo sustancioso en ella, todo interesante, satisfecho de vivir la vida por sí misma, habitante de muy altas latitudes morales, por saber á fondo de los engañosos extravíos de la voluntad y de los gustos y miserias de la carne. Y conocedor de con qué silenciosos pasos se nos entra la muerte aun en las más floridas juventudes, para no pecar de inadvertido, fortaleceré cotidianamente mi voluntad con una íntima meditación que me resigne de la evidencia de su llegada.

Curado de delirios de gloria, inaccesible casi siempre, mágico espejismo atormentador en el deseo, frío, mortal y vacío sarcástico en la realización. Sintiendo así quizás, porque he visto esa diosa prostituta *saltando alegremente con ciertas gentes á quienes desprecio*, tal vez porque he adivinado la melancolía que llenó toda la vida de Goethe, y creo que el genio hubiera trocado su fama secular y universal por la suerte vulgar y desconocida de Koeschner, el preferido de Carlota Buff, esa bella sombra cruel que pasa por las páginas románticas é inquietantes de *Werther*. Esclava de la especie —dice Ganivet,— servidora de la Naturaleza, presintió al hombre de corazón que la hizo doce veces madre.

El llamamiento de la vida me ha regalado con dulces promesas de bienandanza y quiere arrojar lejos de mí ese pesado ropón de misantropía. No seré más el átomo inarmónico, el perro sarnoso huído por los hombres sanos y sencillos, el huésped importuno á cuya llegada se cierran recelosos los hogares en fiesta.

Y sentado al borde del camino, espero día por día la llegada de esa hora de prodigio, que torne mi vida estéril en fecunda y armoniosa.

¿Estará muy cerca, ó tal vez no habrá de llegar nunca?

EMILIO CARRÉRE

"España Nueva."





CUBANA.

Tipo oriental, nívea tez
Y el endrino pelo en haz,
Finge el recuerdo esa faz
Asomada á un ajimez.

Dale un tono de altivez,
Del seno la curva audaz,
Y deja el alma sin paz
Al que la mira una vez.

Si apasionado infeliz
Busca el tormento feroz
De su amor, ya tiene cruz;

Mas yo me siento feliz
Al ir tras ella veloz,
como el insecto á la luz!

MANUEL S. PICHARDO.





LA LÁMPARA DEL RECUERDO.

(FRAGMENTO).

Á D. Jesús E. Valenzuela, autor de «Barbara Labor.»

No forma parte de mi plan hablar largo tiempo de uno de los deberes que he señalado: La conservación de la arquitectura que poseemos. Pero se me permitirá al menos que diga algunas palabras, necesarias en nuestra época. El verdadero significado de la palabra *restauración*, no es comprendido, ni por el público, ni por aquéllos á quienes incumbe el cuidar de nuestros monumentos. Significa la más completa destrucción de un edificio; destrucción de la que no escapará una partícula; destrucción acompañada de una descripción falsa del monumento destruido. No nos engañemos en cuestión de tanta importancia: es *imposible*, tan imposible como resucitar á los muertos, restaurar lo que fué alguna vez grande ó bello en arquitectura. Lo que constituye la vida del conjunto, esa alma que sólo pueden crear los brazos y los ojos del artifice, no se restituye jamás. Otra época podrá darle otra alma, pero será entonces un edificio diverso. No se evocará el espíritu del

artífice muerto; no se conseguirá que dirija las nuevas manos y los nuevos pensamientos. En cuanto á una mera imitación absoluta, diré que es materialmente imposible. ¿Qué imitación podrá hacerse de una superficie que tiene un desgaste de media pulgada? Lo acabado de la obra, íntegro, se hallaba en la media pulgada de espesor que ha desaparecido; si se intenta restaurar lo que falta, se procede por suposiciones; si se copia lo que ha quedado, admitiendo la posibilidad de hacerlo fielmente (y ¿qué atención, qué vigilancia, qué gasto podrán garantizarlo?), ¿cuál es la ventaja de este nuevo trabajo sobre el antiguo? En lo antiguo había una vida, una misteriosa sugestión de lo que había sido y lo que había perdido; había un encanto en esas tiernas líneas, obra del sol y de la lluvia. Nada de esto puede haber en la dureza brutal de la escultura nueva. El primer resultado de una restauración (lo he comprobado, y muchas veces, en el baptisterio de Pisa, en la Casa d'Oro de Ve-

necia y en la catedral de Lisieux), es nulificar el trabajo primitivo. El segundo es, de ordinario, presentar la copia más insípida y más despreciable, y en todo caso, por cuidada y trabajada que esté, no es más de una mera imitación, un frío vaciado, al que se añaden hipotéticos remiendos.

No hablemos, pues, de restauración. En sí misma no es, en suma, más de una mentira. Podriase reconstruir el modelo de un edificio, como el de un cadáver, y encerrar en él la osamenta de los viejos muros, como un esqueleto, pero no veo la ventaja. El edificio antiguo se ha destruido. Se ha destruido más completa é implacablemente que si se hubiera reducido á un montón de escombros, ó se hubiera desmoronado en polvo. Más fruto han dado las ruinas de Mósive que la reconstrucción de Milán. Pero me diréis que la reconstrucción puede llegar á ser necesaria. De acuerdo. Mirad entonces la necesidad de frente, y aceptadla con todas sus obligaciones. La destrucción se impone. Aceptadla, destruid el edificio, arrojad las piedras en los rincones, convertidlas en relleno, trituradlas como queráis; pero hacedlo honradamente, no las reemplacéis con una mentira. Pensad solamente en esta necesidad, antes que se presente, y podréis evitarla. El principio de los tiempos modernos, principio que para mí, á lo menos en Francia, *se aplica sistemáticamente* para conseguir obras (la Abadía de St. Ouen fué destruida para dar trabajo á algunos vagabundos), consiste en abandonar primero los edificios á fin de restaurarlos después. Cuidad vuestros monumentos, y no os veréis en el caso de restaurarlos. Unas láminas de plomo puestas á tiempo en la techumbre, el barrido oportuno de las hojas secas y las briznas que obstruyeran un conducto, salvarán de la ruina, á la vez, muros y techos: Velad diligentemente por los

edificios antiguos, conservadlos con todo empeño y guardadlos, por todos los medios, contra toda causa de derrumbamiento. Contad sus piedras, como lo hicierais con las joyas de una diadema: ponedles guardias como á ciudad sitiada; emplead el fierro para ligarlos; sostenedlos con vigas cuando amenacen hundirse; no os preocupe la fealdad de los socorros prestados; cuánto mejor es una muleta que la pérdida de un miembro: hacedlo con ternura, con respeto, con una incesante vigilancia, y no será una sola generación la que nazca y desaparezca á la sombra de sus muros. Al fin habrá de sonar su última hora; que suene abierta y francamente, y que ninguna sustitución deshonrosa y embustera venga á privarlos de los deberes fúnebres del recuerdo.

De las degradaciones ignorantes y ciegas, es inútil hablar. No llegarán mis palabras hasta aquellos que las cometen; mas óiganlas ó no, me es preciso decir una verdad: la conservación de los monumentos del pasado, no es una simple cuestión de conveniencia ó de sentimiento. *No tenemos el derecho de tocarlos.* No nos pertenecen. Pertenecen en parte á quienes los construyeron, y en parte á todas las generaciones que habrán de seguirnos. Aun tienen los muertos derechos sobre ellos, y no lo tenemos nosotros para destruir el objeto de su labor, ya sea alabanza de un esfuerzo realizado, expresión de un sentimiento religioso, ó cualquiera otro pensamiento cuyo testimonio permanente hayan querido elevar al construir un edificio. Lo que nosotros hemos levantado, derrumbémoslo á nuestro antojo; pero lo que otros hombres realizaron á costa de su fuerza, de su riqueza y de su vida, permanece suyo: no ha extinguido la muerte sus derechos. Nos han investido con ellos nada más. Pertenecen á todos sus sucesores. Fácilmente, en lo porvenir, será causa de

dolor y de perjuicios para millones de seres, el que hayamos demolido, á nuestro gusto, tal ó cual edificio, según nuestras actuales conveniencias. No tenemos derecho para inflingir, ni ese dolor, ni esa pérdida. La catedral de Avranches ¿pertenece al populacho que la arrasó, más que á nosotros, los que erramos tristemente sobre sus cimientos? Ningún monumento, cualquiera que él sea, pertenece á la turba que lo viola. Poco importa que se haga por cólera ó por reflexiva estupidez, y que sea una muchedumbre ó que sea un consejo; quienes destruyen sin causa, forman parte de la turba, y siempre la arquitectura se destruye sin causa. Un bello edificio vale necesariamente lo que el terreno que cubre, y así será hasta que el centro del África ó de América esté tan poblado como el condado de Middlesex. Jamás habrá una razón válida para su destrucción, y si hubiese alguna que llegara á serlo, no será ciertamente hoy, en que las inquietudes y los disgustos del presente usurpan en nuestros espíritus el lugar de lo pasado y lo porvenir. Aun la calma misma de la naturaleza nos es arrancada gradualmente: millares de seres que antaño, en sus viajes necesariamente prolongados, se hallaban sometidos á la influencia del cielo silencioso y de los campos adormidos, cuyo efecto es más grande de lo que se supone ó se confiesa, llevan hasta allí la in-

cesante fiebre de su existencia. A lo largo de las venas de hierro que cubren el país, baten las pulsaciones ardientes de su esfuerzo, haciéndose, de hora en hora, más ardientes y más rápidas. Toda la vida se concentra en esas arterias palpitantes en el centro de las ciudades; se franquea el campo como un mar de verdura sobre puentes estrechos, y nos vemos sin cesar empujados, en masas compactas, contra las puertas de las ciudades. La única influencia capaz de reemplazar la de los bosques y la de los prados, es la fuerza de la antigua arquitectura. No os separéis de ello por consideraciones á la regularidad de una plazuela, por la calzada bordeada de árboles, por la calle amplia ó el vasto muelle. No es de esto de lo que se enorgullece una ciudad. Dejadlo para la muchedumbre; pero estad ciertos de que hay, en el recinto de esos muros inquietos, quienes querrán que otras formas regocijen sus ojos familiares, así como aquél que á menudo, cuando descendía hacia el Oeste el sol, tomaba asiento para seguir las líneas de la cúpula de Florencia, destacándose de la profundidad de los cielos, ó como aquellos sus huéspedes, que desde los aposentos de sus palacios podían contemplar, todos los días, el lugar en que reposaban sus padres, en el punto de unión de las sombrías calles de Verona.

JOHN RUSKIN.

R. GÓMEZ ROBELO.





DE "MANOJO."

(LIBRO EN PRENSA).

En Nueva York, un día,
 estando en *Hoffman House*, entró un sujeto
 con una orquídea en el ojal; traía
 un abrigo de pieles. Muy discreto
 se llegó á una mesita, luego el mozo
 que á mí también servía,
 llenóle un vaso de agua transparente
 con un semblante lleno de alborozo
 y de un ignaro orgullo refulgente.
 Con gran delicadeza
 puso la flor en el cristal del vaso,
 y apoyando en la mano la cabeza,
 inmóvil contemplóla largamente,
 ajeno á extraños, sin hacerles caso,
 absorto ante la espléndida hermosura.
 Dió una propina al mozo que acudía;
 contemplé sorprendido su figura,
 en sus ojos, letal melancolía,
 y admiré su elegancia y su estatura

cuando á solas salía.

Interrogué al criado:

¿Quién es? —Miróme con mirada necia:

“Es un poeta inglés que ha descubierto
una belleza que ignoró la Grecia.”

¡Oscar Wilde! ¡Oscar Wilde! Era muy cierto;
hasta olvidé mi tierra.

¡El poeta más grande de Inglaterra!

A Filadelfia un tren me conducía;
no sabiendo el inglés, era yo un sordo
que miraba y oía y no entendía;

¡Oscar Wilde iba á bordo!

Cuando al *Depot* llegamos,

le aguardaban allí miles de damas,

llevando todas primorosos ramos;

y con ojos de llamas,

locas ovacionaron al poeta;

y desapareció su gabán rico

entre la inmensa multitud inquieta,

mole de encajes, joyas y abanico.

Cuando años después llegó á mi oído
su sentencia por crimen fementido,

miré de nuevo la mirada necia

del criado de informes tan exiguos:

¡Una belleza que ignoró la Grecia....!

¡Vaya si la ignoraron los antiguos!

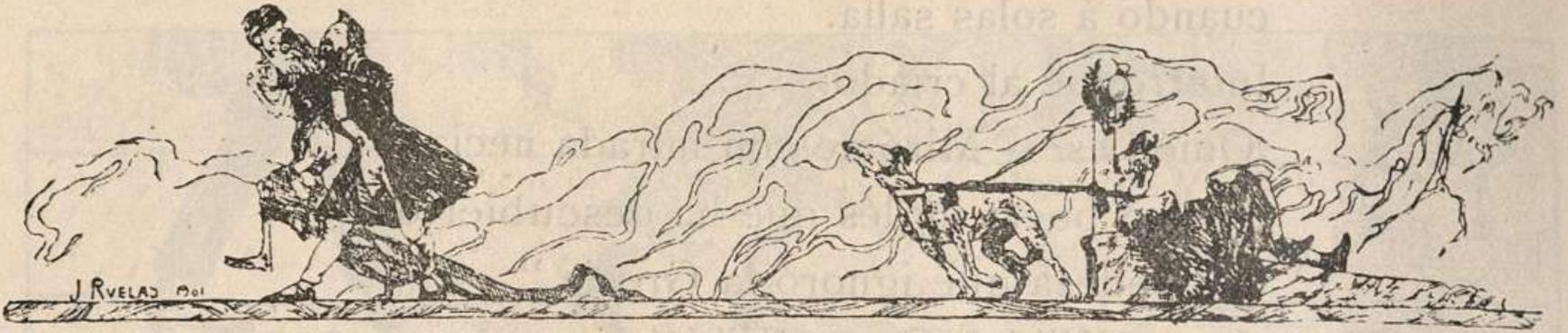
Poeta, yo no sé. ¿Es cierto el volvo?

Con las pasiones se macula el día;

tu carne es ora polvo,

pero tu obra escrita, poesía.

JESÚS E. VALENZUELA.



LA ÚLTIMA DIOSA.

CUENTO ABSURDO.

Las fuerzas interiores del planeta, en oculta labor, con escondidos movimientos, con solapadas turbulencias, venían preparando la traición, la enorme traición.

El sol, por su parte, en su eterna caída por el abismo, en pos de ese hipotético núcleo que acaso rutila en las masas estelares de Hércules, había encontrado un formidable enjambre de bólidos, que lloviendo sin cesar sobre su hornaza, así como sobre los mundos de su sistema (aunque sobre estos naturalmente en proporción menor), acabaron por determinar un exceso de actividad espantoso, muy superior al undecenal que registran los astrónomos.

Entonces se efectuó el cataclismo, el inmenso cataclismo.

Las perturbaciones del ígneo océano central, produciendo una horrible expansión de gases, hincharon en inmensa extensión la corteza del planeta.

Prodújose con esto una dislocación ciclópica. La inmutable tendencia al equilibrio hizo que á tales hinchamientos correspondiesen depresiones enormes, y éstas se ejercieron, naturalmente, en las entrañas

de las más ingentes tierras. Así, pues, á medida que nuevos continentes iban surgiendo del primordial océano, entre feroces torbellinos de espuma, las antiguas tierras se hundían, y el mar, buscando cauce, en oleada espantosa se precipitaba, además, sobre ellas, como una taza que se vuelca.

Pronto, en las vastas porciones de tierra donde habían florecido y penado las razas, salvó en una parte reducida, ya no se oyó más que vagir á la ola verde, plañir al mar generador como en el principio! . . . El mundo había sido renovado

¿Por qué de esta tremenda conflagración escapó el centro del África?

Si hubiesen quedado algunos sabios para explicarlo, lo habrían explicado, sin duda, de diversas maneras

Pero no quedaron!

No vivió más que uno!

Del mundo antiguo, mejor dicho, del mundo de ayer, después de los espantosos zarpazos de Plutón y de Neptuno, no quedaba más que la región central del continente africano que se extiende entre el lago Tanganyca al Sur, el Sahara al Norte,

la Abisinia y el Sanguibar al Este y el Congo y la Guinea al Oeste.

Marruecos, Túnez, Argel, Tripoli, Egipto, parte de Abisinia, la Cafreria, el Cabo y todo el litoral del Oeste, habían desaparecido.

No se veían más que los espinazos de la vieja cordillera que enmarcaba el continente, surgiendo á trechos del mar, como esqueletos de monstruos ahogados en las aguas, aún estremecidas.

Parecía como que la fuerza ciega que iba á labrar de nuevo al mundo, á esculpir de nuevo al planeta, había querido borrar todas las huellas que la civilización paciente y tenaz del hombre blanco, logró imprimir en el continente negro.

Y sin embargo, ahí la vida animada había subsistido por lo menos: fuera de allí, en todo el haz del mundo, nada quedaba de la geografía anterior. Nuevos eran los continentes, nuevos eran los mares y unos y otros desiertos, hasta que el limo de la tierra tornase á ser fecundo.

No más arios de piel de rosa, ojos de azur y cabellos de aurora; no más semitas de nariz encorvada, ojos garzos y rizos castaños; no más indos pensativos de ojos negros, cabellos lacios y movimientos de serpiente; no más malayos oblicuos y amarillentos; no más indios rojizos y aguileños; no más lapones panzudos y enanos.

Las razas sólo habían dejado como vestigio, al «ébanos vivo» de algunas selvas africanas.

*
*
*

Pero no, no es cierto! Como si el divino Apolo, antes de acribillar á la tierra con sus flechas iracundas, hubiese querido conservar una reliquia de la estirpe lírica que creó á los dioses y á los héroes; que volvió sonoras las divinas Cicladas; que

pobló de leyenda y de gloria al archipiélago y el mar Jónico, allá, en un aduar, en el paraje más hermoso de las riberas del Nyanza, quedaba una familia compuesta de un explorador inglés casado con una griega, rubia ella como la miel de las abejas del Himeto, y rubio él también con ese blondo pálido de los hijos de Albión.

Y tenían una hija, una doncellita de diez y seis años que ostentaba todas las blancuras de las cimas en las mejillas, todas las hebras de oro del sol en los cabellos, y en los ojos todo el enigma verde del mar.

¿Concebís, amigos míos, á esta doncella rubia, á esta nueva Anadyomena surgiendo impoluta, celeste, única de la concha de ébano del continente maldito, para recordar á los hijos de Cam la antigua gloria de las razas, el prestigio de la hermosura aria, aquello que fué entusiasmo y orgullo del corazón y del pensamiento de los hombres; aquello que movió con su santo estímulo, con su irresistible embeleso los cinceles de Fidias y Cleomeno, que dió sus colores á Tiziano, que se volvió carne de ensueño en las Desdémonas y Julietas, que constituyó la ufanía y el sortilegio del mundo?

Se llamaba Nausica.

Y su madre, bella aún como un crepúsculo de otoño, é inteligente como una ateniense del tiempo de Pericles, suavemente atraía á su regazo, acariciábala con sus delgadas manos de alabastro, y decíale:

Hija mía, cuando tus padres hayan muerto, quedarás tú sola como un grano de oro en la negrura del mundo. ¿Qué harás tú, la perfecta, la flor por excelencia de las razas, en medio de esta humanidad sombría que acaso volverá mansamente á la animalidad? Realizarán por ventura los dioses el milagro de llevarte en un carro de oro, en asunción gloriosa al Olimpo, á ti, de quien ya no es digno el mundo, á fin de que tus rizos de luz, como los de la

reina Berenice fulguren en algún rincón de las noches silenciosas?

Y decía el padre, cuitado y melancólico:

Fuerza será buscarte un esposo blanco y rubio como tú para que no se extinga la progenie de los dioses. En algún refugio, en algún recodo, en algún escondrijo del continente quedará otro europeo como nosotros, y con él formarás en este océano de palpitante negrura, un magnífico islote de fulgor, y vuestra estirpe irá creciendo en estas riberas, incontaminada, serena, radiante, y poblará al fin con la gracia de su presencia los nuevos continentes solitarios.

* * *

Pero al cataclismo habían precedido en el centro del continente, ya epidemias, ya guerras y matanzas, que diezmaron primero y desterraron después á los reducidos colonos europeos, y el hombre rubio no fué hallado jamás. Murió el explorador y más tarde se extinguió la hermosa griega,

besando á su hija y apretando contra su corazón un libro: la «Iliada,» el último ejemplar de la «Iliada» que quedaba en el mundo! Nausica quedó sola.

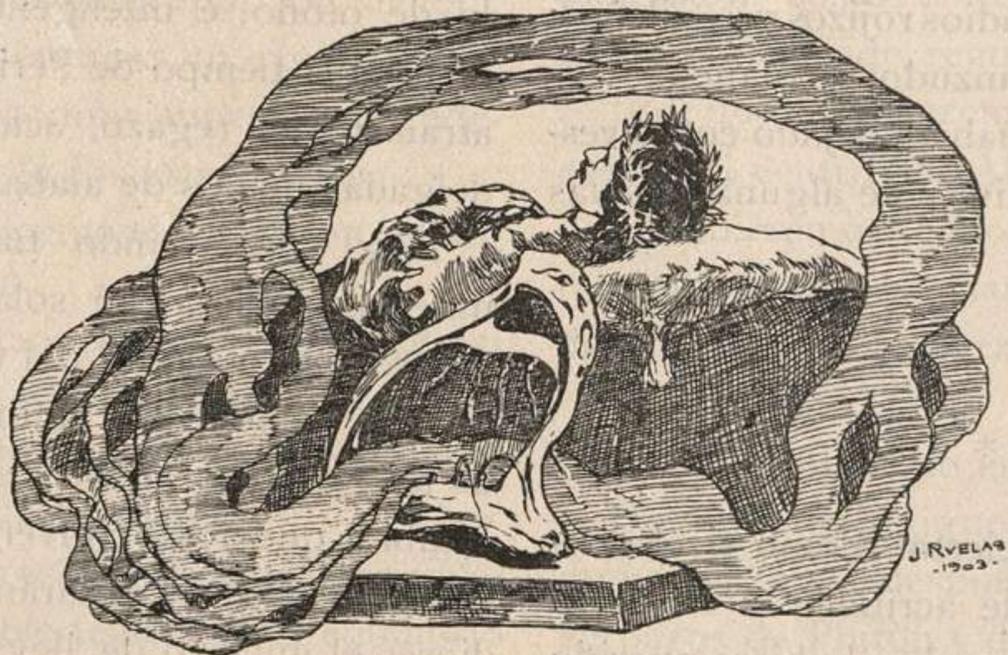
Se cuenta que los negros la hicieron reina y que de todos los rumbos del continente venían á contemplarla... pareciéndoles ya como una mentira que hubiese existido nunca una raza capaz de concebir aquellas carnes de leche y de aurora...

Un poeta negro la cantó á su modo en un dialecto áspero...

Y un día, antes de llegar á su plenitud aquella solitaria y purísima azucena, se extinguió ante los ojos sorprendidos de sus súbditos como se apaga un rayo de sol...

Esta última hija de Apolo murió repitiendo un verso de Homero, en la gloria de una fresca mañana, acariciada por una brisa suave, que parecía la misma que empujó á los argonautas por el mar azul, que sopló en las cañas que brotaron de la metamorfosis pánica...

AMADO NERVO.





LA CAÍDA DE LAS ESTRELLAS.

LECONTE DE LISLE.

A Jesús E. Valenzuela.

Caed, oh perlas desatadas,
Pálidos astros en el mar!
Niebla de rosas deshojadas
Del horizonte surge ya;
El viento empuja con el ala
Una onda inmensa que resbala
Envuelta en viva claridad;
Caed, oh luces de Bengala,
Oh estrellas pálidas, al mar!

Hundid la frente en las espumas
Del misterioso abismo azul.
El día alborota y rasga brumas
Y baña cumbres con su luz;
Del bosque emerge himno sonoro
Que asciende al cielo en blando coro
De arrobadora excelsitud.
¡Caed, rodad, gotas de oro,
En el inquieto abismo azul!

Huid, oh astros aún lejanos,
Oh Paraísos por venir!
La aurora ríe y con sus manos
Esparce luz blanca y sutil;
Suelta su clámide de llamas

Y en la esmeralda de las ramas
Riega topacios y rubis;
Huid, oh mundo que nos llamas,
Oh Paraísos por venir!

Las tibias noches de Occidente,
¡Oh estrellas pálidas, poblad!
Su vista clava el sol ardiente
En el sembrado y el erial;
Cruzan los ciervos á bandadas,
En busca de agua, las cañadas
Y el ruido humano asorda ya.
Huid, ¡oh blancas desterradas,
Oh estrellas pálidas, al mar!

¡Oh taciturnas del olvido!
Feliz quien va por donde vais;
Feliz quien rueda sumergido
En la sombría inmensidad.
Ave del cielo en él se lanza;
Odio y amor y desconfianza,
Todo lo humano deja atrás.
Lámparas llenas de esperanza,
Llevadme ya por donde vais.

BALBINO DÁVALOS.



LA ÚLTIMA BALADA DE OSCAR WILDE.

Paris, que lo había aclamado al principio, cuando era el *lión* de Londres, en aquella semana magnífica en que *Salomé* se representó en todos los teatros de Inglaterra; Paris, que le pidió una visita y lo rodeó de la juventud entusiasta y lo amó fieramente unos días, con cartas, con *interviews*, con retratos, traduciéndolo en prosa, en verso, en el teatro y en el libro; que hablaba de él todo el día, de su talento, de su escuela, de sus trajes, de sus extravagancias dudosas, de sus amores extraños.... Paris, su enamorada, fogosa y efímera — que había tenido por breviario el *Retrato de Dorian Gray*, — fué al final para el gran poeta un amiga tibia y olvidadiza, que le permitió vivir y morir en su seno como á tantos otros reyes destronados.

Después del proceso y de la terrible condena, Oscar, el poeta presidario, se encontró pobre y solo. Sus dramas suprimidos por la censura, sus novelas desterradas de toda Inglaterra, su nombre impronunciable en la sociedad. Y la rehabilitación imposible. Albión perdona todo menos el escándalo. La gran desventura no tenía remedio. Y Oscar, que era muy inglés, lo sabía bien.

Entonces pensó en París, y volvió á Pa-

rís. Pero su boga había pasado. La escuela esteta se discutía, y lejos de dominar convivía pobremente al lado de las más flamantes novedades.

La curiosidad le atrajo al principio un grande círculo de admiradores. Se quería escuchar de sus labios la historia de sus desgracias, las protestas contra la ingratitude patria. Descripciones de artistas, ironías terribles y, sobre todo, alguna voz de dolor muy íntima para gozar perversamente.

Pero Oscar hablaba poco y en voz baja. No dijo mucho mal de Inglaterra. Se había hecho fatalista y su orgullo de antes..... Nada de elegancias *sui generis*; hasta las célebres *boutonières* de orquídeas habían desaparecido. Canoso y algo encorvado, con mengua de su gran talla, el arrogante Oscar se había convertido en un dulce personaje sin desplantes ni *pose*. Un poco triste, un poco irónico....; vulgar, no llegó á serlo nunca, pero había dejado de ser teatral. Y París lo abandonó.... Es decir, París leyó con pena y encanto su Balada de la Cárcel, la *Ballade of Reading Geole*, y después, poco á poco, dejó de hablar de él, como él de escribir.

Sin embargo — eminencia universal,—

le fué preciso tratar con los grandes artistas franceses. Lorrain lo *lanzó* en sus reuniones. Allí conoció á la plana mayor de los escritores de París. Pocos amigos hizo. . . . Empezó por cansarse de Lorrain. El elegantísimo *golfo* parisien, con su alma femenina de cronista chismoso y entrometido, le disgusta francamente. Su literatura y su vida le parecían un cinematógrafo atropellado, oscilante. No daban tiempo á su buena reflexión inglesa, algo pesada. A él le gustaba regodearse y paladear las ideas y las concepciones artísticas con una lentitud de buen *gourmet*. No volvió á casa de Lorrain, y fué dejando las demás reuniones de actualidad y despreocupándose de las reuniones de moda.

Yo lo conocí un año antes de la última Exposición Universal, en el Bar Calisaya, una taberna internacional del boulevard de los Italianos.

El larguísimo mostrador de caoba luciente, con su barra de cobre para apoyar los brazos, el *bar*, propiamente dicho, está ocupado en toda su extensión por los bebedores á lo yankee, que, medio de pie, medio sentados en los altos taburetes de rejilla, apuran de un sorbo sus consumaciones y se retiran sin saludar, mientras los *barmans* no se dan mano á confeccionar los 132 *cock-tails* de su repertorio.

Más sibaritas, nosotros, los parisienses, apuramos los lentos ajenjos —que duran toda la tarde— alrededor de un elegante velador y repantigados en los divanes de peluche. — Nosotros los parisienses. — Jean Moréas el griego, el inglés de Irlanda Oscar Wilde, y yo, nacido en la Macarena. Porque en París no hay extranjeros, ó si se quiere, lo que no hay en París son parisienses.

Miramos, digo, nosotros, alternativamente, al ajenjo tornasolado que nos retrata pensativos, al techo de donde cuelgan pabellones y gallardetes de todos los paí-

ses, á la estrecha puerta de la calle donde estacionan fiacres y coches particulares, y por donde desfilan toda clase de tipos, desde la gran *cocotte*, que va al *Bois* en su cupé inverosímil, hasta la humilde obre-rita, que vuelve del taller envuelta en la tarde, y sola entre la multitud, á causa de una cancioncilla sentimental que viene tarareando. . . .

Oscar da vueltas en su dedo meñique á una sortija de oro con una gran piedra verde.

—Es la sortija de la desgracia —dijo respondiéndome.— Un radjah de la India, á quienes mis compatriotas desposeyeron y ahorcaron más tarde, fué su primer dueño. Yo la heredé de un hijo de este príncipe, asesinado en Londres, el cual me advirtió de la terrible virtud de esta alhaja. Y, haciendo girar la piedra en la montura, nos mostró que por un lado figuraba un gran escarabajo verde y por el otro el retrato del desventurado radjah, obra de un artífice primitivo.

—El que posea este anillo será siempre desgraciado. Para que la mala ventura lo abandone, es preciso que la sortija se le pierda. No vale regalarla ni tirarla lejos; es preciso que ella misma se vaya de su propia voluntad, y en contra de la de su dueño. ¡Y la maldita sortija no se pierde nunca! El otro día. . . . ¿Pero van ustedes á escucharme seriamente? ¡Bah! Sigán pensando en lo de antes. . . .

¡No, no! Queríamos saber la historia de aquella joya misteriosa. El principio del cuento del gran humorista nos había intrigado, y yo, por mi parte, estaba dispuesto á creer en todas las maravillas imaginables, sobre todo á aquella hora sutil é indecisa.

Y en voz baja y mimosa, lentamente, hablando en muy buen francés, con un acento británico marcadisimo que hacía suspirar los finales de los párrafos, Oscar continuó, sonriendo:

—El otro día tuve una sensación de bienestar y de liberación amabilísima. . . . Por primera vez desde hace muchos años, me levanté de buen humor, agradecido al rayo de sol que entraba en mi cuarto, ágil y ligero. Me vestí, tarareando un estribillo de Montmartre, y me lancé á la calle apresuradamente, como el que va en busca de algo muy bueno, seguro de hallar con ello. . . . vagamente inquieto de sentirme tan bien.

¡Qué bonito es París por la mañana! Ya sé que ustedes lo han visto y que no les importa, y que hay muy buenas descripciones de eso (que no son de Zola). Pero yo no sabía nada. Un sol rosa pintaba las altas fachadas de las iglesias y palacios, las chimeneas de las fábricas, los relojes de las torres que señalaban una buena hora matinal, fresca, animada. Nos hemos retirado muchas veces á esa misma hora. . . . ¡Pero qué diferencia! Con la cabeza baja, la cara sucia y fatigados; huyendo por callejas del gran tránsito del París que se levantaba, á llegar pronto al obscuro hotel, á caer rendidos en el lecho, que estaba allí, intacto aún, como un reproche. . . .

Aquel día, en cambio, todo me parecía bien. Yo era, sin duda, el único que no iba á ninguna parte y tenía tiempo para los malos pensamientos. . . . Pero no me ocurrieron. Estaba en vena de beatitud y dulcemente alegre. Un inmenso gentío. Las mujeres todas jóvenes y bonitas. Los hombres tenían aspecto de bondad y de sencillez. Ellas encantadoras, rubias, con su paso menudo y ligero, la cara rosada, las sienes oreadas por el aire vivo que movían al andar. Ellos, ágiles y fuertes, marchaban también de prisa, y todos con su buen rumbo fijo del taller, de la fábrica, del estudio. Circulaban ya infinidad de coches y tranvías, atestados, en una algarabía sana y pintoresca. . . . Se abrieron

todas las tiendas, y poco á poco la ciudad fué tomando el aspecto de ocupación y tráfico que conserva todo el día. Yo iba saboreando los matices de su vida corriente, sin encontrar nada desagradable ni triste. . . . Decididamente, yo era feliz aquella mañana.

De pronto, esta sensación de bienestar se acentuó grandemente. . . . Acababa de pensar en mi sortija de la mala ventura, y sentí como que no la tenía en el dedo. . . . ¿Habrá huido? . . . Seguro, sin embargo de no habérmela quitado, no quería mirarme la mano por no hallarla siempre allí. Procuré despreocuparme, olvidar, y seguí contentísimo bajo el sol, á la orilla del Sena, gozando aquella liberación inesperada, temeroso de volver á sentir á cada instante el peso de la piedra fatal.

Adelanté á lo largo de los muelles, junto á los parapetos coronados de libros viejos, recreando la vista en el agua soleada, en el incesante ir y venir de los *bateaux-mouches* —tranvías del Sena— atestados de gente, en la otra orilla, que adornan el magnífico Louvre —granito colgado de hiedras— y el hermoso paseo de Cour-la-Reine.

. . . . Era la hora de almorzar, y volviendo un poco atrás, entré en la calle de Ancienne Comedie y me metí en el café de Procope, el más antiguo de París. El viejo Teófilo acudió á saludarme solícito y, mientras me servían el almuerzo, yo me di á fantasear alegremente sobre la vida de aquel antiquísimo antro, paseando por todas sus épocas, desde aquella en que lo frecuentaba Voltaire —primer parroquiano— hasta la más reciente en que Gambetta— gran gastrónomo— reclamaba del buen Teófilo platos inverosímiles. . . . Ya sabrán ustedes que Procope ha sido derribado. Yo fui su último cliente. Yo amaba su elegante decrepitud empolvada, su decorado blanco y oro, su *pose* de cor-

tesano á la Federica. . . . Ahora que todos son disgustos, he tenido que verlo hecho escombros hace dos ó tres días. . . .

Pero aquella mañana, en cambio, ¡qué amable y tranquilo me recibió! Olvidé como por encanto la amarga historia de mis últimos años, y formé proyectos sin fin de mil empresas nuevas, de obras magníficas. . . . Me sentí otro, mejor y más fuerte. Y amé mi propia compañía, como no ha vuelto á sucederme más.

El recuerdo de aquellas sensaciones me es tan grato, que no quisiera acabar nunca de contarlo á ustedes. . . . Seguro de haber perdido, sin saber cómo ni dónde, la malaventurada sortija, y vagamente temeroso de volvérmela á encontrar del mismo modo, no me resolvía á volver á casa ni á dar cuenta á nadie de aquella alegría que yo llevaba en mí como un secreto delicioso.

Sin embargo, quiere la alegría comunicación y resolví ver gente. Llegó la tarde, la hora verde como llamáis en París á esta del aperitivo ajenjo. La ciudad fatigada tomó su aspecto de crepúsculo, aunque sean las mismas las condiciones de luz. Por un momento se señalaron también en el gentío de las calles, determinadas corrientes para la vuelta al hogar, pero pronto se borraron, y los transeúntes, diseminados sin rumbo, que llenaban boulevards y avenidas, iban á caer indiferentes en aquella ó la otra terraza, ante las policromas copas de mil bebidas, semejantes á flores entre las hojas verdes, predominantes del aperitivo francés. Yo fui á encontrar mi reunión del Napolitano. Hallé chistosísimo á Courtelane, sutil y terrible á la Jeunesse, magnífico á Mendés, y creo que yo también les encanté aquella tarde. Una alta dama que estaba allí me habló de su afición á los tipos interesantes. Como Mme. Stael, ella indiferente á toda naturaleza que no fuera el hombre, y los

hombres vulgares los consideraba ella como mero paisaje. Yo le respondí que participaba de su opinión, pero que los tipos interesantes me fatigaban pronto, como los manjares demasiado exquisitos y los vinos muy capitosos. No sé qué me respondió; pero una sonrisa suya me dió á entender que los hombres de mérito eran más esclavos de ella que cualquier mortal insignificante. . . . La conversación se generalizó y fué alegre y vaporosa; á lo parisién, las cosas no se decían nunca. Llegó la noche inesperadamente. Se organizaron partidas de diversión. Fui invitado, vimos una *première* de Variedades, cenamos en Montmartre, y no me quedé solo hasta las tres de la mañana.

Mi alegría se vió entoces aplacada por un velo de tristeza, cuya densidad fué aumentando camino de mi hotel. Dos ó tres veces intenté separarme de la ruta, con un vago presentimiento de mal que me esperaba. Pero las calles solitarias surcadas de rails, que señalaban siempre un camino, me obligaron á seguir el mio. Entré en dos ó tres *cabarets*, y ya no ví sino escenas repulsivas de embriaguez y brutalidad. Mi alegría se marchaba, se ajaba, se iba agotando como una luz expirante. El presentimiento se acentuó de un mal inevitable. Llegué al hotel, tomé mi llave y subí. Lo primero que hirió mi vista al encender la luz, sobre una consola, fué mi célebre sortija que me esperaba inexorable. Sin duda no me la puse al salir esta mañana, y los criados del hotel —honrados muchachos— me la tenían allí de manifiesto para cuando entrara. Todo el castillo de naipes de mi felicidad se vino al suelo. Instintivamente la recogí y la coloqué en mi dedo. Desde entonces no ha vuelto á abandonarme y vagamente, conforme con mi mala fortuna, triste por costumbre, espero su pérdida definitiva. . . . ó la mía.

—Hace muchos días que no vemos á Oscar.

—Cerca de un mes. ¿Le habrá ocurrido algo?

—No es probable. Las malas noticias cunden y se sabría.

—Además, ¿cómo averiguarlo? ¡Vaya Ud. á averiguar dónde andará metido Mr. Melmotte, que cambia de hotel cada semana!

—¿Mr. Melmotte?

—Es su nombre supuesto. Por él se conoce á Oscar Wilde en todas las fondas del barrio latino.

—¿Vamos esta noche al otro lado del agua?

—Bien, pero dudo que le encontremos. No es la primera vez que se zambulle para aparecer al cabo de algunos meses.

Sin embargo, uno que llega nos trae noticias de Oscar.

—¿Saben ustedes que está gravemente enfermo? Ó mejor dicho, se ha empeñado en estarlo. Estos ingleses son especiales. Hace tiempo le aquejaba una casi imperceptible sordera del oído derecho. Pues bien, él no quiso transigir con eso y se ha metido en hacerse una operación dolorosísima y muy arriesgada, porque puede interesar las meninges, á consecuencia de la cual se halla postrado y con fiebre.

—¿Dónde vive?

—En la rue de Siene. No sé el número.

—¿Un hotel?

—Sí.

Al día siguiente fui á visitarlo en compañía de un amigo. Los médicos nos recomendaron que no hablásemos mucho, porque estaba la fiebre en período crítico. Pero nos aseguraron del pronto restablecimiento del enfermo.

Entramos en la alcoba, modesta habitación amueblada á lo imperio. Un pesado lecho de caoba con cortinas rojas.

Oscar nos tendió la mano, sonriendo. Pero una mano que abrasaba.

—No me agrada dar disgustos á los amigos, ni molestias á los indiferentes. Además, esto no es nada. Ahora voy á estar mejor que nunca, porque, añadió, dirigiéndose á mí, ¿se acuerda usted de la famosa sortija?... Pues bien... la he... se ha perdido definitivamente, ha desaparecido, se fué. De modo que ya voy á ser completamente feliz.

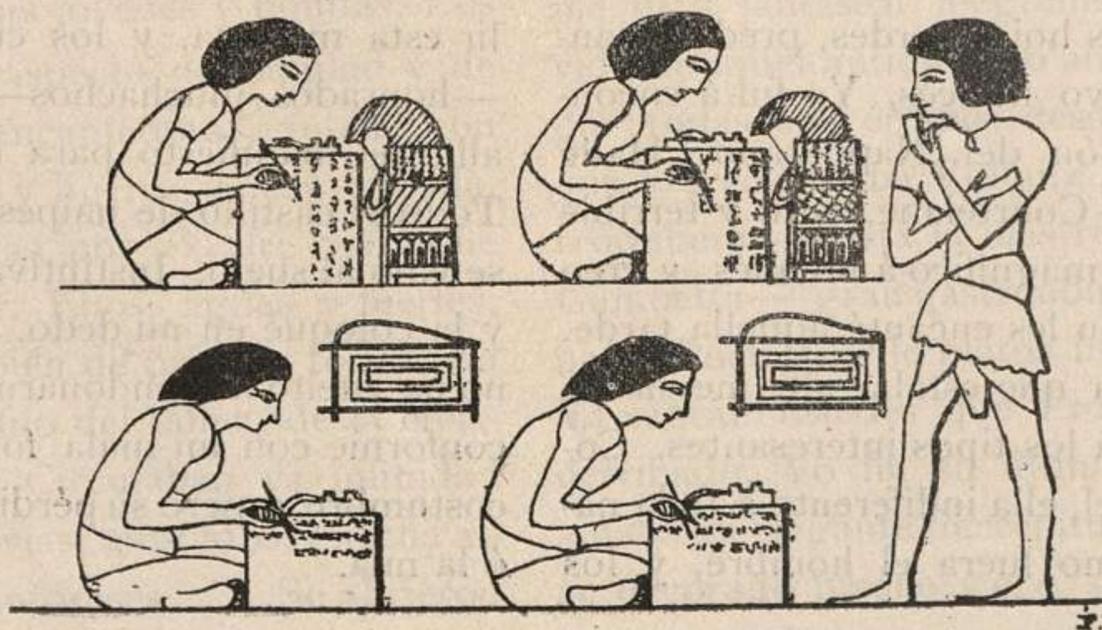
Dos días después, un jovencito inglés que comía en mi restaurant, decía á sus compañeros de mesa:

—Hemos perdido un altísimo poeta. El célebre Oscar Wilde ha muerto ayer, á consecuencia de una meningitis.

—¿Lo perdonará ahora Inglaterra?

—No.

MANUEL MACHADO.





Sra. Dolores Camacho, Vda. de Landa.

BIBLIOGRAFÍA.

Jean Lorrain.—El Sr. de Phocas. —**VERSIÓN DE CARLOS DE BATLLE.** 1906.—En trescientas páginas nos da el traductor un «Señor de Phocas,» vestido concienzudamente á la española usanza, pero conservando la gracia gala en su flexible primor, y sabiendo bordear discretamente los abismos del *ultra-sadismo*, característico del peregrino personaje.

Digno de mención es el capítulo del fumadero de opio y las traducciones de

los versos de Baudelaire y Samain que, de vez en cuando, arrojan un reflejo de cantárida en el terrible manuscrito del Duque de Freneuse; y sólo hubiéramos deseado, para que fuera completo el elogio, que el Sr. de Batlle no hubiera suprimido el prólogo de la edición francesa para dar lugar al suyo. De todos modos, se adivina el amor con que está hecha la traducción, y le damos las gracias por el envío.

ERECCION DE UNA ESTATUA AL "DUQUE JOB."

Lista de la subscripción abierta por la "Revista Moderna de México," hasta el día 30 de Septiembre de 1906.

Jesús E. Luján	\$ 350 00	Del frente	\$ 1,604 75
Julio Luján	350 00	José María Luján	100 00
Luis Soto Mayor	10 00	Carlos Caullieres	0 75
José A. Ortiz	5 00	Guillermo de la Peña	5 00
Ramón Guerrero	10 00	Ramón Corral	50 00
Abraham Luján Z.	350 00	Lic. Rafael Pardo	10 00
«Revista Moderna de México.»	250 00	Srita. Asunción Aguilar	5 00
Jesús E. Valenzuela	10 00	Lic. Avelino Gavaldón	10 00
Emilio Valenzuela	5 00	Sra. de Enrique Abad	9 05
José Valenzuela	5 00	Lic. Pablo Macedo	100 00
Enrique Valenzuela	2 00	Manuel del Castillo	3 00
Alejandro Valenzuela	1 00	Pedro Enriquez Ureña	5 00
Fernando Valenzuela	1 00	Lic. Rodolfo Reyes	100 00
Asunción Salgado	0 25	Dr. Luis G. Valdés	5 00
Dolores Andrade	0 25	Miguel Escalona (de Zamora, Michoacán)	5 00
Josefa López	0 25	Pedro Franco Ugarte	50 00
Manuel González, hijo	250 00	Felipe Franco Ugarte	25 00
Manuel González	2 00	Cristóbal Martínez	10 00
Ramón González	2 00	Ing. Francisco Delgado	2 00
Morelos González	1 00		
Al frente	\$ 1,604 75	Suma	\$ 2,099 55

(Continuará).

Las ondulantes llamas del petróleo que ardía en vasos de pórvido, asustaron á los monos consagrados á la Luna, que se mecían en lo alto de los cedros, y cuyos gritos produjeron gran hilaridad entre los soldados.

Oblongas llamas se reflejaron en las corazas de cobre. Con mil luces policromas centelleaban las fuentes incrustadas de piedras preciosas. Las cráteras, ornadas en su borde con espejos convexos, ampliaban la imagen de los objetos, y los soldados, apiñándose alrededor de ellos, se miraban con asombro y gesticulaban para excitar la risa. Lanzábanse, bromeando por encima de las mesas, los escabeles de marfil y las espátulas de oro. A grandes tragos bebían los vinos griegos, encerrados en odres, los de Compañía, contenidos en ánforas, y los cántabros que llegaban en toneles y los vinos de cinamomo y de loto.

Estos vinos, servidos sin cuidado alguno, formaban charcos en el suelo. El vaho de las carnes subía hasta el follaje mezclado con el vapor de los alientos. Se oía á la vez el crujido de las mandíbulas, el ruido de las canciones, de las copas, el estrépito de los vasos de Compañía, estrellados en mil pedazos, y el sonido argentino de las grandes fuentes de plata.

A medida que aumentaba la embriaguez, los soldados recordaban con más viveza la injusticia de Cartago. En efecto, la República, agotada por la guerra, había dejado acumular en la ciudad todas las bandas de mercenarios que volvían de aquélla. Sin embargo, Giscón, su general, tuvo cuidado de licenciarlos poco á poco para facilitar el pago de sus haberes, y el Consejo creyó que acabarían por consentir en cobrar con alguna rebaja.

De todos modos, el pueblo les odiaba, porque no podía pagarles; la deuda se confundía con los 3,200 talentos emboicos exigidos por Lutacio, y aparecían lo mismo que Roma, como enemigos de Cartago; y como lo comprendían los mercenarios, estallaba su indignación en amenazas y violencias. Un día pidieron reunirse para celebrar una de sus victorias, y el partido de la paz consintió para vengarse de Hamílcar, que con tanto afán sostenía la guerra; ésta había terminado contra su voluntad, y desesperando de Cartago, el general entregó el mando de los mercenarios á Giscón. Indicar, pues, su palacio para albergarlos, equivalía á atraer sobre él, algo del odio que despertaban los bárbaros. Además, el gasto debía ser excesivo, y Hamílcar lo pagaría todo.

Enorgullecidos los mercenarios de haber domado la República, creían que al fin, podrían volver á sus hogares con el sueldo que habían ganado á costa de tantas fatigas; pero éstas, vistas á través de los vapores del vino, les parecían prodigiosas y mal recompensadas. Enseñábanse mutuamente sus heridas, relatando sus viajes y las partidas de caza en sus países. Imitaban los rugidos de las fieras y sus saltos. Luego comenzaron las inmundas apuestas. Hundían la cabeza en las ánforas y permanecían bebiendo sin respirar como dromedarios sedientos. Un lusitano de gigantesca talla, llevaba un hombre en cada mano y recorría las mesas, echando fuego por las narices. Unos lacedemonios, con las corazas puestas, saltaban pesadamente. Varios soldados andaban como mujeres haciendo contorsiones y ademanes obscenos; otros se desnudaban para luchar á la manera de los gladiadores, y un grupo de griegos danzaba en torno de una jarra adornada con figuras de ninfas, mientras un negro marcaba el ritmo con un hueso de buey sobre un escudo de cobre.

De repente oyeron un canto plañidero, suave y potente á la vez, que ondulaba en el aire como el batir de alas de un pájaro herido.

Era la voz de los esclavos del ergástulo, y algunos soldados se levantaron de un salto para libertarles; al cabo de un instante volvieron, empujando delante de ellos á unos veinte hombres que contrastaban con los demás por la palidez de sus facciones. Un casquete cónico de fieltro negro cubría su cabeza afeitada, y llevaban sandalias de madera que producían un ruido de hierros entrechocados, aumentado con la velocidad de la marcha.

Llegaron hasta la Avenida de los Cipreses, donde se esparcieron entre la multitud que les interrogaba. Uno de ellos permaneció un tanto apartado y de pie; á través de las desgarraduras de su túnica se advertían los cardenales de sus hombros y espalda; con la cabeza baja miraba en torno de sí con desconfianza, entornados los párpados como no pudiendo resistir el resplandor de las llamas; sólo cuando vió que ninguno de aquellos hombres lo atacaba, se escapó un hondo suspiro de su pecho. Balbuceaba y murmuraba bajo las claras lágrimas que bañaban su rostro; después tomó por las asas una cántara llena, la levantó en el aire con sus brazos encadenados, y mirando al cielo, dijo:

—«¡Salud, oh Baal Schmin libertador, á quien mis compatriotas llaman Esculapio! ¡A vosotros, Genios de las fuentes, de la luz y de los bosques! ¡A vosotros, dioses ocultos bajo las montañas y en las cavernas de la tierra! ¡Y á vosotros, hombres fuertes de brillantes armaduras, que me habeis libertado!»

Luego dejó caer la cántara y refirió su historia. Le llamaban Spendio. Los cartagineses le aprisionaron en la batalla de Egineta. Dió nuevamente gracias á los mercenarios en griego, en ligurio y púnico, y felicitándolos por el banquete, les besaba las manos, extrañándose de no ver en las mesas las copas de la Legión Sagrada, que tenían un pámpano de esmeraldas en cada una de sus caras de oro, y que pertenecían á una milicia formada exclusivamente por jóvenes patricios. Eran un privilegio, casi un honor sacerdotal, lo que hacía que ninguno de los tesoros de la República fuera más envidiado por los mercenarios. Detestaban la Legión á causa de ello, y algunos habían arriesgado su vida por gustar el inconcebible placer de beber en tan insignes copas.

Ordenaron, pues, que las entregasen los Syritas, asociación de comerciantes que comían en común, y que las tenían depositadas. Los esclavos volvieron diciendo que los Syritas dormían.

—«Que se les despierte;» —contestaron los mercenarios.

Después de una nueva tentativa, se les anunció que estaban guardadas en un templo.

—«Que se abra;» —contestaron.

Cuando los esclavos, temblando, hubieron por fin confesado que estaban en poder del general Giscón, gritaron:

—«¡Que las traiga!»

Giscón apareció en el fondo del jardín, rodeado por una escolta de la Legión Sagrada. Su amplio manto negro, retenido en la cabeza por una mitra de oro, constelada de piedras preciosas y que lo envolvía hasta los cascos de su caballo, se confundía á lo lejos con las tinieblas de la noche. Sólo se advertía su barba blanca, los resplandores de la mitra y el triple collar de anchas placas azules que batían contra su pecho.

Los soldados, al verle entrar, le saludaron con una potente aclamación, gritando:

—«¡Las copas! ¡Las copas!»

Empezó por declarar que por su valor, eran dignos de ellas. La muchedumbre lanzó alaridos de alegría, aplaudiendo.

Bien lo sabía él, que los había capitaneado allá, y que había vuelto con la última cohorte en la última galera.

—«¡Es verdad! ¡Es verdad!» —decían.

Sin embargo, Giscón les hizo comprender que la República había respetado sus divisiones por nacionalidades, sus costumbres, sus cultos. ¡Eran libres dentro de Cartago! Por lo que hace á los vasos sagrados, eran de propiedad particular. De repente, cerca de Spendio, un galo se lanzó hacia Giscón, corriendo por encima de las mesas y amenazándole con dos espadas desnudas.

El general, sin interrumpir su discurso, le hirió la cabeza con su pesado bastón de marfil, y el bárbaro cayó. Los galos rugieron, y su furor, comunicándose á los demás, iba á es-

tallar de un modo formidable. Giscón se encogió de hombros al ver su furia; pensaba que su valor sería impotente contra aquellos brutos exasperados; era mejor vengarse de ellos, merced á alguna astucia; dió una orden á sus soldados y se alejó lentamente: cuando estuvo en el umbral de la puerta, se volvió hacia los mercenarios y les dijo que se arrepentirían de su acción.

Prosiguió el festín; pero Giscón podía volver, y rodeando de tropas el arrabal que llegaba hasta las murallas, aplastarles sin misericordia.

Entonces comprendieron su aislamiento, á pesar de su gran número, y la gran ciudad que dormía junto á ellos, envuelta en sombras, les inspiró terror con su amontonamiento de construcciones, sus altos templos donde moraban arcanos dioses, más implacables aún que su pueblo. A lo lejos, algunas farolas se deslizaban por la superficie de las aguas del puerto, y brillaban luces en el templo de Khamón. Se acordaron de Hamílcar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué les abandonó una vez firmada la paz? Sus diferencias con el Consejo sólo eran un lazo para perderles. Su odio no saciado se convertía hacia él, y le maldecían y se exasperaban unos contra otros movidos de su propia cólera. En esos instantes se formó un grupo enorme bajo los plátanos. Era para ver un negro que se revolcaba en el suelo, con los ojos vidriosos, el cuello envarado y la boca cubierta de espuma. Alguien gritó que estaba envenenado, y todos pensaron estarlo. Acometieron á los esclavos, se levantó un formidable clamor y un vértigo de destrucción se apoderó de aquel ejército ebrio; golpeaban y herían al azar, rompiendo y destrozando cuanto estaba á su alcance; algunos lanzaron antorchas entre el ramaje; otros, apoyándose en la balaustrada de los leones, los mataron á flechazos; los más audaces corrieron hacia el patio de los elefantes y querían cortarles la trompa y comer marfil.

Los baleares, que para saquear y destruir más fácilmente, habían doblado uno de los ángulos del palacio, se vieron detenidos por una barrera de bambúes de la India. Cortaron con sus puñales las correas de la cerradura y se hallaron en otro jardín cubierto de plantas y arbustos, recortados con arte. Anchas líneas de flores blancas describían sobre la tierra azulada largas parábolas, parecidas á regueros de estrellas. Las matas, envueltas en tinieblas, exhalaban suaves olores. Había altos troncos de árboles untados de cinabrio que semejaban sangrientas columnas. Doce pedestales de cobre soportaban en el centro gruesas bolas de vidrio, y resplandores rojizos se escapaban de aquellos globos huecos, como enormes pupilas aún palpitantes. Los soldados se alumbraban con antorchas, tambaleándose á veces en el resbaladizo suelo.

Vieron de pronto un estanque dividido en muchos compartimientos por paredes de piedra azul. El agua era tan clara, que la luz de las antorchas penetraba hasta el fondo formado por blancas guijas y polvo de oro.

Burbujeó el agua, y algunos peces de fulgurantes escamas aparecieron en la superficie. Los soldados, riendo, los cogieron por las agallas y los pusieron sobre las mesas.

Eran los peces de la familia Barca; todos descendían de aquellos que rompieron el huevo místico en que se ocultaba la diosa, y la idea de cometer un sacrilegio reanimó el apetito de los soldados; pronto pusieron grandes vasos de cobre al fuego, y se divertieron al ver cómo los hermosos peces se retorcían en el agua hirviendo.

La muchedumbre se arremolinaba; ya nadie tenía miedo, y bebían sin medida. Los perfumes, que en gruesas gotas caían de su frente, manchaban sus túnicas desgarradas, y, apoyándose con ambos puños sobre las mesas, que les parecían oscilantes como un navío en marcha, paseaban alrededor su ávida mirada para devorar con la vista lo que no podían coger. Otros, andando sin cuidado alguno entre platos y fuentes, rompían á puntapiés los escabeles de marfil y los frascos tirios de cristal. Las canciones se mezclaban al estertor de los moribundos esclavos entre las copas rotas. Pedían vino, manjares, oro. Querían

mujeres. Deliraban en cien idiomas distintos. Algunos imaginaban hallarse en los baños á causa de los vapores que flotaban en el jardín, y otros, recordando las cazas de su país, corrían detrás de sus compañeros como si fueran alimañas feroces. El incendio se propagaba de árbol en árbol, y las altas masas de verdura, dejando escapar largas espirales blancas, parecían volcanes en erupción.

Los clamores redoblaban, y los leones heridos rugían en la sombra.

De repente se iluminó el palacio en su más alta terraza, abrióse la puerta central, y una mujer, la hija del propio Hamílcar, vestida de negro, apareció en el umbral. Descendió por la primera escalera que seguía oblicuamente la fachada del primer piso, después bajó la segunda, la tercera, y se detuvo en la última terraza, en lo alto de la escalinata de las galeras; inmóvil, y con la cabeza inclinada, miraba á los soldados.

Detrás de ella, y en dos filas, estaba un gran número de hombres pálidos, cubiertos de túnicas blancas con franjas rojas que llegaban hasta sus pies; no tenían barba, ni pelo, ni cejas; en sus manos cuajadas de anillos sostenían enormes liras, y todos á coro, con voz aguda, entonaban un himno á la divinidad de Cartago. Eran los sacerdotes eunucos del Templo de Tanit, á quienes Salammbó llamaba á menudo á su casa.

Cuando bajó por la escalinata de las galeras, los sacerdotes la siguieron; avanzó por la avenida de los cipreses, y caminaba á pasos lentos entre las mesas de los jefes, que retrocedían al verla pasar.

Su cabellera espolvoreada con finísima arena de color violeta, y peinada en forma de torre, según la moda de las vírgenes cananeas, la hacía parecer más alta. Trenzas de perlas que arrancaban de sus sienes, descendían hasta la comisura de sus labios, rojos como una granada entreabierta. Brillaba en su pecho un mosaico de luminosas piedras, imitando en su dibujo el de la piel de las lampreas. Los brazos, adornados de diamantes, emergían desnudos de su túnica sin mangas, constelada de flores rojas sobre fondo negro. Llevaba en los tobillos una cadenita de oro, y un gran manto de púrpura sombría, hecho de una estofa desconocida, arrastraba detrás de ella, despertando la ilusión de una ola enorme y oscura que la seguía.

De cuando en cuando, los sacerdotes arrancaban á sus liras acordes casi ahogados, y en los intervalos de la música, resonaba el tintineo de la cadenita de oro, mezclado al pisar de las sandalias de papiro.

Nadie la conocía; sabíase tan sólo que vivía retirada y consagrada á prácticas piadosas. Algunos soldados la veían de noche en lo alto de su palacio, arrodillada ante las estrellas, entre el luminoso vapor de cien pebeteros encendidos. La luna la había puesto pálida, y algo de la esencia de los dioses la envolvía como un velo sutil. Sus pupilas parecían mirar lo lejano, más allá de los espacios terrestres. Caminaba con la cabeza inclinada, y tenía en la mano derecha una lira de ébano.

Los soldados la oyeron murmurar:

—«¡Muertos! ¡Todos muertos! Ya no vendréis obedeciendo mi voz al borde del estanque para tomar las pepitas que os ofrecía. El misterio de Tanit brillaba en el fondo de vuestros ojos, más límpidos que la linfa de los arroyos.» Les llamaba luego por sus nombres, que eran los nombres de los meses. «¡Siv! ¡Sivan! ¡Tammuz! Elul, Tischri, Schebar. Tened piedad de mí. ¡Oh! ¡Dios!»

Sin comprender lo que decía, los soldados se agrupaban á su alrededor; admiraban su traje, pero ella los miró asustada, y luego, hundiendo la cabeza entre los hombros, y extendiendo los brazos hacia ellos, repitió varias veces:

—¡Qué habéis hecho! ¡Qué habéis hecho!

—Teníais, sin embargo, pan para hartaros, carnes, aceite, todo el grano de los graneros. ¡Hice traer bueyes de Hecatómpylos, envié cazadores al desierto! Su voz se elevaba

cada vez más, y sus mejillas enrojecían. Añadió: «¿Dónde creéis estar? ¿En una ciudad conquistada, ó en el palacio de vuestro amo? ¡Y qué amo! El Sufeta Hamilcar, servidor de los Baals! ¿Conocéis en vuestros países alguien que sepa guiar mejor en las batallas? ¡Mirad! Los peldaños de este palacio no pueden contener los trofeos de nuestras victorias! ¡Continuad! ¡Quemadle! Llevaré conmigo el Genio de mi casa, mi serpiente negra, que duerme allí arriba sobre hojas de loto. Silbaré, me seguirá, y si subo á una galera, se deslizará en la estela de mi lengua sobre la espuma de las olas.»

Las delicadas alas de su nariz palpitaban. Hundía las uñas en la pedrería de su pecho. Sus ojos languidecieron, y añadió:

—¡Ah! Pobre Cartago! ¡Desdichada ciudad! No tienes ya para defenderte los hombres fuertes de otro tiempo, que iban más allá de los mares á levantar templos sobre remotas plazas. Todos los países trabajaban para ti, y las llanuras del mar, hendidas por sus remos, balanceaban tus cosechas.

Entonces contó las aventuras de Melkarth, dios de los sidonios y padre de su familia. Refería la ascensión á las montañas de Ersiphonia, el viaje á Tarteso, y la guerra contra Masisabal para vengar á la reina de las serpientes.

—«Persiguió en la selva al monstruo hembra, cuya cola ondulaba sobre las hojas muertas como un arroyo de plata, y llegó á un prado, donde algunas mujeres con cola de dragón se agrupaban alrededor de una gran hoguera, erguidas sobre su apéndice. La luna, color de sangre, resplandecía en un círculo lívido, y sus lenguas color de escarlata, hendidas como los harpones de los pescadores, se alargaban encorvadas hasta el límite mismo de las llamas.»

Salammbó, sin detenerse, contó cómo Melkarth, después de vencer á Masisabal, puso su cabeza cortada en la proa de su navío.

—«A cada oleada, se hundía bajo la espuma; pero el sol la embalsamaba, y se endureció como si fuera de oro; sin embargo, no cesaban de llorar sus ojos; y las lágrimas se mezclaban á las salobres olas.»

Contaba aquello en un viejo dialecto cananeo, incomprendible para los bárbaros, que se preguntaban absortos qué decía, con espantosos gestos y subidos á las mesas, á los lechos y á las ramas de los sicomoros, con la boca abierta y alargando la cabeza, y procuraban comprender aquellas vagas historias que parecían evocaciones del pasado vistas al través de la obscuridad de las teogonías, como fantasmas envueltos en nubes.

Únicamente los sacerdotes imberbes, comprendían á Salammbó, y sus arrugadas manos se estremecían, arrancando de cuando en cuando un sonido lúgubre á las liras, pues más débiles que mujeres, temblaban á un tiempo de emoción mística, y del miedo que les causaban los hombres; por su parte, los bárbaros no se cuidaban de ellos, sólo tenían ojos para la virgen que cantaba.

Nadie la miraba con tanta atención como un jefe númida, joven, sentado en las mesas de los capitanes entre soldados de su país. Su cinturón estaba tan repleto de dardos, que fingía una giba bajo el ancho manto que llevaba atado á las sienes por una correa, y de tal modo tenía envuelta la cabeza, que sólo se veía de su rostro las llamas de sus dos ojos ardientes.

Por casualidad se encontraba en el festín, pues su padre le hacía vivir entre los Barca, según la costumbre de los reyes, que enviaban á sus hijos al seno de familias ilustres para preparar alianzas; pero después de seis meses de estancia, Narr'Havas no había visto aún á Salammbó; y en cuclillas, casi tocando con el mentón los mangos de sus jabalinas, la miraba con las narices dilatadas, como un leopardo agazapado entre bambúes. Al otro lado de la mesa estaba un libio de talla gigantesca, con el cabello negro, muy corto, que sólo conservaba su coselete militar, cuyas escamas de cobre desgarraban la púrpura del lecho;

casi se escondía entre los pelos de su tórax un collar de plata; manchaban su rostro salpicaduras de sangre, y se apoyaba en el codo izquierdo sonriendo extático.

Salammbó no cantaba ya siguiendo el sacro ritmo; empleaba simultáneamente todos los idiomas de los bárbaros, lo que era una delicadeza propia de mujer, para ver si así domaba su cólera. A los griegos hablaba en griego, luego se dirigía á los ligurios, á los de Compañia y á los negros, y todos ellos, escuchándola, hallaban en aquella voz la dulzura de su patria. Entusiasmada por los recuerdos de Cartago, cantaba las antiguas batallas contra Roma, y ellos la aplaudían. Inflamábase viendo el brillo de las espadas desnudas; gritaba agitando los brazos. Cayó su lira y ella enmudeció; y apretando su corazón con ambas manos, permaneció algunos minutos con los párpados cerrados, saboreando la agitación de aquellos hombres.

Matho, el libio, se inclinaba hacia ella. Involuntariamente se le acercó, é impulsada por el reconocimiento de su orgullo, vertió en una ancha copa de oro un chorro de vino para reconciliarse con el ejército.

—¡Bebe!—dijo.

Tomó Matho la copa y la acercaba á sus labios, cuando un galo, el mismo á quien Giscón había herido, le tocó el hombro, bromeando con aire jovial en la lengua de su país. Spendio, que estaba cerca, se ofreció á traducir sus palabras.

—Habla—dijo Matho.

—Los dioses te protegen, vas á ser rico. ¿Cuándo es la boda?

—¿Qué boda?

—¡La tuya! pues entre nosotros —dijo el galo,— cuando una mujer da de beber á un soldado, es que le ofrece su lecho.

Aun no había acabado, cuando Narr'Havas, dando un salto, sacó un dardo de su cintura, y apoyando el pie derecho en el borde de la mesa, lo lanzó contra Matho.

El dardo silbó entre las copas, y atravesando el brazo del libio, se clavó tan fuertemente en la mesa, que el mango temblaba en el aire.

Matho lo arrancó en seguida, pero no tenía armas, estaba desnudo; al fin, levantando con ambas manos la mesa, la tiró contra Narr'Havas, en medio de la multitud que se precipitaba para separarlos.

Los soldados y los númidas estaban tan apretados, que no podían tirar de sus machetes; Matho adelantaba dando tremendos golpes con la cabeza. Cuando la levantó, Narr'Havas había desaparecido, le buscó con la mirada; Salammbó tampoco estaba allí.

Entonces, dirigiendo su mirada hacia el palacio, advirtió que en lo alto se cerraba la puerta roja con la cruz negra; se precipitó.

Se le vió correr entre las proas de las galeras, luego reaparecer á lo largo de las tres escaleras hasta la puerta roja, contra la cual chocó todo su cuerpo; y para no caer, se apoyó anhelante en la pared.

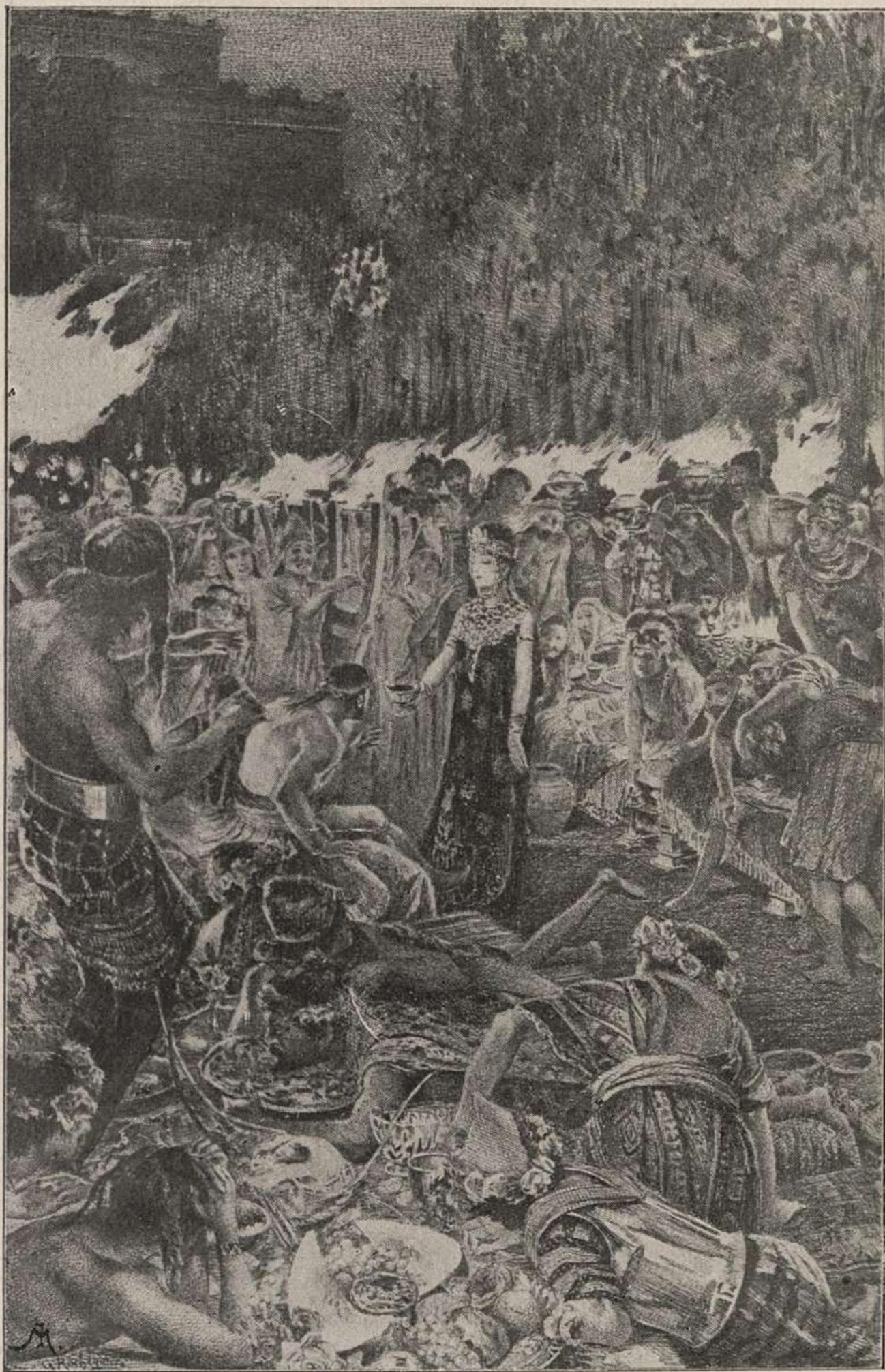
Un hombre le había seguido, y á través de las tinieblas, pues las luces del festín quedaban ocultas por el ángulo del palacio, reconoció á Spendio.

—¡Vete!—dijo.

El esclavo, sin contestar, desgarró la túnica con sus dientes, y arrodillándose junto á Matho, le cogió delicadamente el brazo, palpándolo en la obscuridad para descubrir la herida.

A la luz de un rayo de luna que se deslizaba entre las nubes, Spendio advirtió en el centro del brazo un agujero sangriento, y aun cuando Matho decía: «¡Déjame! ¡Déjame!» ató alrededor del brazo el trozo de tela.

—¡No! —dijo el esclavo;— me has librado del ergástulo, ¡soy tuyo! ¡eres mi dueño! ¡ordena!



Matho dió la vuelta á la terraza arrimado á las paredes; escuchaba á cada paso, y por entre las medias cañas doradas miraba dentro las habitaciones silenciosas. Al fin, se detuvo con ademán desesperado.

—¡Escucha! —le dijo el esclavo.— ¡Oh! ¡No me desprecies porque soy débil! He vivido en el palacio y puedo deslizarme como una víbora por las paredes. ¡Ven! Hay en el Salón de los Antepasados un lingote de oro bajo cada losa: un camino subterráneo conduce á sus tumbas.

—¡Qué me importa eso? —dijo Matho.—
Spendio calló.

Estaban en la terraza. Una enorme masa de sombra se extendía ante ellos, parecida al amontonamiento de moles gigantescas, petrificadas por una acción desconocida.

Una línea luminosa se elevó en el Oriente.

A la izquierda, en lo más profundo, los canales de Megara empezaban á vagar con sus sinuosidades blancas en la verdura de los jardines.

Poco á poco los techos cónicos de los templos heptágonos, las escaleras, las terrazas, las murallas, se destacaban con limpieza sobre el fondo pálido del cielo. Alrededor de la península cartaginesa, ondulaba un cinturón de espuma blanca, mientras el mar esmeraldino parecía inmovilizado en la frescura de la mañana.

Luego, á medida que el firmamento rosado parecía ensancharse, las altas casas inclinadas en la pendiente del terreno se levantaban, se amontonaban, como un rebaño de negras cabras bajando de las montañas. Las calles, desiertas, parecían más largas; aquí y allá las palmeras sobresalían de las paredes, inmóviles; las cisternas, colmadas, parecían escudos fabulosos de plata, abandonados en los patios, y el faro del promontorio Hermae, comenzaba á palidecer. En la cima de la Acrópolis, en el bosque de cipreses, los caballos de Eschmún; sintiendo la aproximación de la luz, ponían los cascos sobre el parapeto de mármol y relinchaban de cara al sol.

Apareció Spendio, y levantando los brazos, lanzó un grito.

Todo se movía en una atmósfera rojiza, pues el Dios, como desgarrándose, vertía sobre Cartago la lluvia de oro de sus venas. El bauprés de las galeras centelleaba; el techo de Khamon parecía arder, y en el fondo de los templos que abrían sus puertas, diríase que había estallado un incendio.

Los grandes carrromatos que llegaban de la campiña, golpeaban las losas de las calles; los dromedarios cargados de bagajes bajaban las cuestas; los mercaderes instalaban sus tiendas en las encrucijadas; las blancas velas de las embarcaciones palpitaban y algunas cigüeñas volaron alejándose; se oyó en el bosque de Tanit el tamboril de las cortesanas sagradas y en la punta de los Mappales empezaron á humear los hornos de coser ataúdes de arcilla.

Spendio se inclinaba fuera de la terraza, sus dientes entrechocaban y repetía:

—¡Ah! sí . . . sí ¡Amo mio! comprendo por qué desdeñabas hace poco el saqueo de la casa.

Matho pareció despertar al oír el sonido de su voz; parecía no comprender. Spendio añadió:

—¡Ah! ¡cuántas riquezas! y los hombres que las poseen, no tienen ni hierro para defenderlas.

Entonces, señalando con su mano derecha extendida algunos hombres de la plebe que se arrastraban en la arena buscando granos de oro:

—Mira —dijo:— la República es como estos miserables, inclinada sobre la orilla de los océanos; hunde en todas las riberas los brazos ávidos, y el rumor del oleaje ensordece de tal modo en sus oídos, que no oiría el paso de un dominador.

Arrastró á Matho al otro extremo de la terraza, y designándole el jardín donde resplandecían al sol las espadas de los mercenarios suspendidas de los árboles:

—¡Aquí hay hombres fuertes, cuyo odio está exasperado! Nada les liga á Cartago, ni juramentos, ni familia, ni dioses.

Matho siguió apoyado contra la pared; Spendio, acercándose, continuó en voz baja:

—¿Me comprendes, soldado? Nos pasearíamos cubiertos de púrpura como los sátrapas. Nos lavarían con aguas perfumadas y yo tendría esclavos á mi vez! ¿No estás harto de dormir sobre la dura tierra, de beber el vinagre de los campamentos y de oír de continuo la trompeta? Reposarás más tarde, ¿no es cierto? ¡Sí, cuando te quiten la corona para arro-